BOLSILIBROS
BRUGUERA

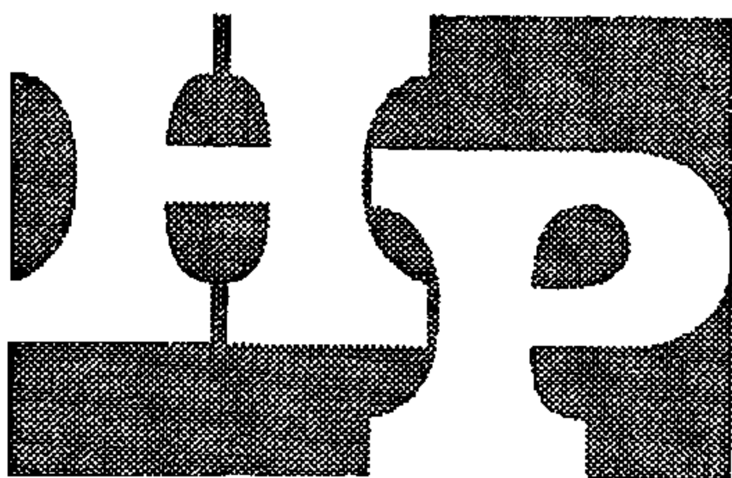
OESTE

SERIE
HEROES DE
LA PRADERA

Silver Kane

LOS PISTOLEROS DEL SUR







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LOS PISTOLEROS DEL SUR

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 271
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B. 55.843 -1974

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: marzo, 1975

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Los cinco hombres salieron en tropel, con los revólveres engaritados en sus manos.

Todos ellos iban cubiertos de polvo. Habían llegado a Memphis media hora antes y ya acababan de realizar el más audaz atraco de la historia de la ciudad.

Los revólveres ocupaban sus manos derechas. De las izquierdas colgaban cinco sacos exactamente iguales.

Todos aquellos sacos estaban llenos a rebosar de relucientes monedas de oro. Pesaban como diablos. Los cinco hombres, a pesar de ser fuertes y jóvenes, resoplaban al correr con ellos.

Cinco caballos se hallaban sujetos a un amarradero, apenas a unos pasos del Banco. Cada uno de los sacos tenía dos anillas que ayudaban a sujetarlo bien, y de cada una de las sillas de aquellos caballos colgaba un gancho de acero.

Los forajidos no habían olvidado detalle.

Cada una de las bolsas fue colgada de aquellos ganchos. Los hombres desamarraron sus caballos con movimientos instantáneos y subieron cuando ya casi los lanzaban a galope.

Los empleados del Banco, atrapados por sorpresa, habían sido incapaces de reaccionar aún. Parecía como si el golpe hubiera de desarrollarse sin ninguna clase de problemas.

De pronto uno de los forajidos gritó:

—¡Cuidado!

Un hombre de media edad, seguido de otro más joven, corría a lo largo de los porches. En el pecho del primero relucía una estrella.

El *sheriff* se había dado cuenta a tiempo de lo que sucedía y llevaba ya el rifle preparado. Parapetándose detrás de una de las columnas, hizo fuego.

El sombrero de uno de los fugitivos saltó por los aires, sin que la cabeza que estaba debajo fuese alcanzada, Pero faltó tan poco que su dueño sintió un calambre en todo el cuerpo.

La calle era recta y larga, y ofrecía muy pocos refugios. Aquel rifle podía sembrar la muerte entre ellos antes de que desaparecieran.

Por eso uno de los fugitivos, más alto que los otros, se volvió. Sus ojos grises taladraron el aire.

El *sheriff* había salido ya de su escondite, para apuntar mejor, cuando se dio cuenta de que uno de los atracadores se volvía. Comprendió entonces que estaba en una situación peligrosa, y saltó hacia la puerta de uno de los establecimientos para estar mejor protegido.

No se dio cuenta de que allí había una mujer.

Una muchacha de apenas veinte años, de cabellos rubios, que lanzó un gemido cuando el cuerpo del *sheriff* se le arrojó materialmente encima.

El pistolero había ido siguiendo con su revólver los movimientos del representante de la ley. Disparó apenas creyó que lo tenía ante su punto de mira.

El *sheriff* lanzó un grito.

La bala había penetrado en su hombro, pero antes había ocurrido algo. Algo tan macabro que le hizo soltar el rifle y crispar los dedos en el aire, mientras lanzaba una maldición.

Un chorro de sangre acababa de brotar de la cabeza de la muchacha que estaba junto a él.

Antes de penetrar en el hombro del *sheriff*, la bala había atravesado parte de su cráneo, siendo despedida por los huesos. El representante de la ley recogió el cuerpo de la mujer en sus brazos, mientras repetía la sorda maldición. Toda la calle se llenó de gritos.

El forajido que acababa de disparar se dio cuenta, vagamente, de lo que había hecho. Vio caer a la mujer y se dijo que las cosas se estaban poniendo rematadamente feas. Espoleó a su montura, mientras guardaba el revólver.

Pronto se puso al nivel de sus compañeros, que se habían adelantado unas yardas. Varios disparos les, siguieron, pero eran de revólver y no ofrecían tanto peligro a aquella distancia. Pudieron llegar sin inconvenientes al extremo de la calle, donde

desaparecieron materialmente en medio de una gran nube de polvo.

Uno de los forajidos, el que había disparado su revólver contra el *sheriff*, hizo dos señas consecutivas.

Con una de ellas indicaba su derecha, hacia la que se lanzaron a galope cuatro de los fugitivos. Con la otra señaló la vía del ferrocarril, que pasaba a unas cincuenta yardas de aquel punto.

Uno de los fugitivos se despegó del grupo. Era el más joven de todos; tenía cara de chiquillo.

Saltó de su caballo, que por instinto siguió a los demás, uniéndose al grupo. Pronto uno de los fugitivos lo sujetó por las riendas y tiró de él para que no perdiese velocidad.

Mientras tanto el joven había llegado a la vía férrea, siguiendo tranquilamente por ella.

Tenía el aspecto de un inofensivo vaquero que ha de realizar un trabajo en la población.

A media milla de distancia estaba la estación con su pequeña garita para el telégrafo. El joven se dirigió hacia ella.

Nadie parecía haberse enterado de los disparos en aquel sector. Muchos viajeros iban llegando para tomar el correo que llegaba media hora más tarde. Eran bastantes los que iban vestidos como el joven que ahora se aproximaba por la vía férrea, de modo que éste no llamó para nada la atención.

Pasó tranquilamente por delante del alguacil que vigilaba la estación y las sacas del correo, y hasta se permitió dirigirle una sonrisa.

Luego fue a la garita del telégrafo.

El empleado estaba allí, con su clásica visera echada sobre los ojos, a pesar de que ahora no trabajaba con luz artificial. Dirigió al recién llegado una mirada interrogativa.

—Quiero poner un telegrama —dijo éste.

—Muy bien. ¿A quién?

—Al presidente de Estados Unidos.

El empleado, que había bajado la cabeza, la alzó de pronto otra vez. Su garganta emitió una especie de hipo.

—Oye, muchacho…

—¿Qué?

—Bromitas no. Yo estoy aquí para trabajar.

—¿Quién le ha dicho que se trata de una broma? ¿Por qué no

puedo yo poner un telegrama al presidente de Estados Unidos?

—Porque dudo bastante que él se preocupe de ti, muchacho.

—Perdone, pero usted no sabe lo que dice. La guerra acaba de terminar, y hay muchas cosas que la gente aún no comprende. En Washington necesitan saber muchas cosas que a usted le tienen sin cuidado, pero que son importantes. ¿Pone ese telegrama o no?

El empleado le miró recelosamente. Aquel joven podía ser un agente federal. Resultaba demasiado niño para ello, pero ¿quién sabe? En los últimos años la gente había ido de sorpresa en sorpresa.

Al fin y al cabo, él no perdía nada poniendo el telegrama. Cuando lo recibieran en Washington, que hicieran con él lo que les viniese en gana.

—Muy bien —indicó—. Dime el texto.

El joven recitó: «Señor presidente de Estados Unidos (Washington)».

—¿Qué más?

—Sencillamente, esto: «Todo bien en Memphis».

El empleado se echó la visera hacia atrás, mientras improvisaba una mueca.

—No sé por qué al presidente tienen que importarle esas cosas. ¡Apañado estaría si desde cada ciudad tuvieran que decirle lo mismo! ¡No haría durante el día otra cosa que leer telegramas! Bueno, aquí tiene su resguardo. Son dos dólares.

El joven pagó.

Tomó luego el tren correo, que llegó puntual, y se apeó en marcha veinte millas más lejos, aprovechando la circunstancia de estar solo en la plataforma del último vagón, que él había escogido intencionadamente. Rodó por un terraplén, se sacudió el polvo tras ponerse en pie y emprendió el camino, siguiendo la ruta que le acercaban unos postes de telégrafo de un nuevo tendido que se dirigía hacia el Norte, y que aún no estaba en funcionamiento.

Tras una hora de caminar, cuando ya le envolvían sombras, divisó unos cuantos cerros pelados y solitarios en la llanura.

Se adentró en ellos. De pronto oyó el rumor que él cañón, de un rifle producía a su espalda, al rozar con una roca.

—¡Alto!

El joven se volvió. A su espalda, un tipo bien parapetado le

apuntaba con su rifle.

—Soy yo, Charles.

—No te había reconocido. Pasa, muchacho.

El joven siguió avanzando. El que estaba de guardia volvió a su puesto, sin dejar de vigilar la extensa e inhóspita llanura.

Tres hombres más estaban en un recodo entre los cerros, en torno a una pequeña fogata cuyos resplandores no se veían desde el campo abierto. Volvieron la cabeza al oírle llegar.

—Hola, Charles.

—¿Qué hay, chicos?

—¿Todo bien?

—Perfecto.

—¿Pusiste el telegrama al jefe?

—Ujú.

Uno de los atracadores, el que había hecho el disparo en Memphis, le tendió un plato con tocino frito, y luego un pocillo de café caliente.

—Toma. No debes haber comido nada.

—No. Gracias por haberme guardado algo, Jim.

—Diablos, no faltaba más…

Charles comió y bebió en silencio durante algunos minutos. La soledad, el silencio y el frío se extendían por la llanura al alcanzar la noche. Los cuatro hombres reunidos en torno a la fogata iban quedando quietos, ateridos y hundidos en sus pensamientos. Cualquiera que les hubiera sorprendido habría podido pensar que formaban parte de los equipos que estaban tendiendo la nueva línea telegráfica. Sin duda era eso lo que pretendían al seguir la ruta marcada por los postes, además del deseo lógico de no perderse en una tierra que no conocían bien.

Charles dejó a un lado su plato y su pocillo vacíos.

—¿A quién le toca el próximo turno de guardia?

—A mí —respondió uno, ya mayor, que tenía unas cuantas hebras blancas entre los cabellos—. Yo soy el próximo.

—Es extraño —dijo Charles.

—¿Por qué?

—Hace poco tiempo aún tú estabas exento de hacer guardias. Eras el capitán. El capitán Conrad.

Conrad se encogió de hombros.

—¿Y quién se acuerda de eso?

—Yo —susurró Charles—. Y hasta me parece mentira tratarte como a un camarada…

—La guerra ha quedado lejos —masculló Conrad secamente—. No hablemos de eso más.

Charles lió un cigarrillo con dedos inexpertos.

—No, la guerra no está lejos —murmuró—. No hace aún tres meses, éramos soldados con un uniforme y una bandera. Pertenecíamos al brillante ejército del Sur, que iba de derrota en derrota. Pero era un ejército, ¡qué diablos! Y tenía un código del honor, y todas esas cosas que hacen más digna la vida de los hombres. Ahora, ¿qué somos?

Conrad lió un cigarrillo también.

—Seguimos luchando por el Sur —musitó.

—Sí, como salteadores de Bancos.

—No es eso exactamente —dijo Jim, el del disparo—. El dinero lo entregamos para comprar armas en México y continuar la lucha. Es un modo como otro de pelear.

—Tengo mis dudas de que ese dinero se emplee para comprar armas —susurró Charles—. Yo opino más bien que alguien se lo queda.

—También me ha asaltado a mí esa sospecha —dijo Conrad—, y también he pensado que no somos más que vulgares bandoleros. ¿Pero qué opción nos queda? El Sur no existe, la tierra no es trabajada por nadie, las ciudades viven del vicio y del dinero del vencedor. Decidme lo que pueden hacer unos hombres a los que durante casi cinco años no se les ha ordenado más que luchar y matar…

Casi mordió el cigarrillo. Sus dedos temblaban.

De pronto alzó la cabeza. Sus ojos se achicaron.

—Charles…

El joven volvió la cabeza.

—¿Qué?

—¿Sabes lo que he pensado a veces?

—Hombre, no será nada malo…

—Malo en cierto modo. A veces he pensado, muchacho, que tú eres un federal.

Charles emitió una risita falsa.

—¿A qué viene eso? ¿En qué te fundas?

—No sé… En tu actitud. Siempre fuiste distinto a todos. ¿Y quién te conoce bien a ti?

—Caramba, qué tonterías dices esta noche… Hay quien asegura que el frío de la llanura se mete en los huesos, pero a ti se te ha metido en la cabeza.

—¿Por qué quieres ser siempre tú el que ponga los telegramas?

—Porque soy el que infunde menos sospechas.

—Vete a saber a quién se los enviarás…

Charles repitió su risita falsa.

—Bueno, hombre, esta noche tienes ganas de broma…

—Más vale que durmamos —dijo Jim, cortando la conversación —. El primer relevo es dentro de una hora. Hala, no perdamos tiempo.

Todos se envolvieron en las mantas que ya habían descolgado de las sillas de sus caballos. Momentos después, todos estaban quietos y simulaban dormir, pero había algunos que se sentían incapaces de pegar un ojo.

CAPÍTULO II

—Creo que la situación va a hacerse insostenible —dijo Conrad, mientras trotaban a lo largo de la llanura a la mañana siguiente—. ¿Sabes si mataste a aquel *sheriff*, Jim?

—No puedo asegurar nada.

—¿Y a la mujer?

—Lo de la mujer es más complicado. Tuve la sensación de que brotaba sangre de su cabeza.

—Si ha muerto, nos perseguirán como a perros —dijo Charles.

Conrad hizo un significativo movimiento.

Extrajo un periódico que había llevado doblado entre la silla de su caballo y la manta que estaba sobre la piel del animal.

—Esta mañana, poco después del amanecer, he entrado en la población de Rosemark para comprar un poco de licor —dijo.

—Ya nos hemos puesto de acuerdo para eso. ¿A qué viene esa explicación ahora?

Conrad desdobló el periódico.

—Es la primera edición de La Estrella de Memphis —dijo—. Ya estaba a la venta esta mañana cuando he llegado allí. La he podido comprar sin despertar sospechas. En la primera página está la respuesta a todas nuestras dudas. Dice que el *sheriff* sólo sufrió una herida en el hombro, y que la muchacha se halla en grave estado. Mal asunto, ¿verdad? Pero no es eso todo. El *sheriff* ha puesto el grito en el cielo pidiendo ayuda. Y el gobernador ha destacado para buscarnos a un solo hombre.

Todos apretaron los labios. Sabían lo que aquello significaba.

Cuando enviaban a un solo hombre detrás de una cuadrilla como la suya, era porque ese hombre valía por cinco.

—¿Cómo se llama? —preguntó Larsen, que tenía una cicatriz

junto al ojo izquierdo.

—Johnny Flanagan.

Charles lanzó un silbido.

—Es el federal más duro y peligroso que el Gobierno tiene trabajando en Tennessee.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Uno oye decir cosas…

—Me parece que tú sabes más cosas de los federales que de ti mismo.

—¿A qué viene eso? ¿Es una acusación?

—No hay que discutir por una tontería semejante —dijo el propio Larsen—. Todos sabemos quién es Johnny Flanagan. Ya durante la guerra imponía su ley en todas partes donde actuaba. Un verdadero asesino del Gobierno, eso es. Pasaremos muy malos ratos si es él quien debe perseguirnos.

Jim miró hacia unas colinas verdes que había a su izquierda, unas colinas repletas de vegetación y que anunciaban el paso muy cercano de un gran curso de agua.

—Detrás de esos montículos está el Mississippi —murmuró—. El rey de los ríos, el padre de las aguas… ¿Por qué no lo cruzamos? Al otro lado se halla el estado de Arkansas. Yo creo que…

—No ganaríamos nada —dijo Conrad—. Un federal puede actuar en cualquier lugar del país. Al contrario, creo que nos haríamos notar si pasáramos en algunos de los trasbordadores.

—Sí, pero…

En aquel momento sus pensamientos fueron cortados por una serie de sonidos que les pusieron instantáneamente en estado de alerta. Eran disparos. Todos acariciaron instintivamente las culatas de sus revólveres.

El terreno, salpicado de colinas, impedía en muchos trechos ver lo que sucedía a media milla de distancia. Era un territorio peligroso para cualquier viajero inocente, pero también para ellos, porque podían ser sorprendidos por alguna patrulla.

—La cosa no va con nosotros —dijo Conrad—. El «lío» está pasando a dos millas de aquí.

—¿Qué hacemos?

—Resulta peligroso meterse donde a uno no le llaman. Esperemos a que todo cese; luego veremos.

La cosa cesó muy pronto; sorprendentemente pronto.

Apenas habían contado dos docenas de disparos cuando se hizo de nuevo el silencio más absoluto. Toda la zona estaba casi desierta, porque aquellos campos antaño fértiles se hallaban improductivos por falta de brazos. No resultaba demasiado arriesgado acercarse a ver qué era lo que había sucedido.

Conrad decidió:

—Vamos.

Galoparon con precaución, convenientemente separados y en fila india, hasta remontar una de las colinas. Desde su cima vieron lo sucedido.

Mejor dicho, el resultado de lo que había sucedido.

Cinco hombres yacían al pie de la colina. Debían haber ido a pie o sus caballos habían sido robados, porque no se veía ni rastro de ellos. Sus matadores ya debían estar ocultos en un bosquecillo que se distinguía a unas tres millas de distancia.

Charles lanzó un silbido de asombro.

—¡Fijaos! ¡Son soldados!

—¡Soldados nordistas!

Los cinco hombres descendieron al galope. Por sus posturas, era evidente que los tipos qué yacían abajo estaban más muertos que Julio César. Conrad resumió los pensamientos de todos cuando dijo:

—Algunos grupos sudistas actúan aún por aquí. Sin duda han tendido una emboscada a esos hombres.

Desmontaron al llegar a su altura, y los observaron cuidadosamente. En efecto, eran nordistas, y además llevaban uniformes nuevos.

—Esto ha sido una auténtica ejecución —dijo Larsen—. Debían estar esperándolos detrás de esas rocas. Los han matado a todos de la forma que mejor les ha parecido.

En efecto, los muertos tenían la cara destrozada. Ni un impacto en sus cuerpos. Sus emboscados asesinos habían podido tirar sobre seguro y con toda tranquilidad.

Conrad los miró pensativamente. Diríase que su cerebro en tensión barruntaba algo.

Al fin gruñó:

—Ya tengo la solución para que ese maldito Johnny Flanagan no nos encuentre nunca.

—¿Qué es lo que estás pensando, Conrad?

—Lo mismo que pensáis todos. No siempre se encuentra uno con cinco muertos cuyos uniformes están intactos. Nosotros somos cinco, ¿no? Pues no puede desaprovecharse una ocasión así.

—¿Sugieres… que nos pongamos esos uniformes?

—Llegaremos con ellos hasta donde nos dé la gana. —Pero… son los del enemigo.

—No podemos ahora detenernos en delicadezas. Hay que escapar y además seguir actuando. Esos uniformes serán mejores que un pasaporte. Hemos de cambiarnos todos y enterrar los cuerpos y nuestras verdaderas ropas. ¡Hala! ¡Que cada uno calcule sus medidas!

Los pistoleros echaron una detenida ojeada a los muertos.

Daba angustia verlos, porque tenían la cara destrozada, pero durante la guerra se habían acostumbrado a eso. La sangre había empapado la tierra fresca y no había manchado los uniformes más que en forma de salpicaduras insignificantes. Venciendo su prevención, cada uno de aquellos hombres eligió el muerto que mejor se acomodaba a sus medidas.

Unos momentos después, el cambiazo se había producido. Lo que ahora se veía sobre el terreno eran cinco soldados nordistas junto a cinco cadáveres semidesnudos. Conrad hizo una seña, y Larsen descolgó la única pala que poseían. Se pusieron a abrir una amplia fosa, manejándola por turno para no fatigarse.

Depositaron allí los cuerpos y las viejas ropas de que acababan de desprenderse. Como no llevaban documentos encima, no tuvieron que preocuparse de eso; sólo el dinero, recuperaron, sacándolo de los bolsillos, antes de que la tierra cubriese las ropas.

Se sentían muy extraños en aquellos uniformes, pero pensaron que ya se acostumbrarían a ellos.

—¿Qué ocurrirá si nos topamos con un oficial? —preguntó Charles.

—Nos comportaremos como soldados. ¿Es que ya habéis olvidado vuestras normas de conducta? Todos los ejércitos, en ese aspecto, son iguales. Volvemos a vestir uniforme; eso es todo. Olvidad el color de la tela.

Los hombres cabecearon y siguieron su camino, tras montar en los caballos. Ahora tenían un trabajo muy importante que realizar.

Se acercaron al Mississippi, bordeando siempre las colinas. Los contornos del río estaban más poblados, pero nadie les molestó. Al contrario, las gentes se apartaban a su paso temerosamente.

Avanzaron hasta llegar a un lado de la orilla que estaba deshabitado completamente, y allí se sentaron a esperar.

¿Qué esperaban? Sólo ellos lo sabían. Sólo ellos estaban enterados de por qué sus ojos estaban inmóviles, como hipnotizados, en un mismo punto de la anchurosa corriente.

Una boya roja.

Había muy pocas boyas de aquéllas en el río, pero eran necesarias. Indicaban a los buques que continuamente surcaban el Mississippi dónde comenzaba la profundidad suficiente para el calado normal para que sus quillas no se empotraran en el fango. La boya subía y bajaba levemente al compás del movimiento del agua, que en aquella zona rebrincaba como en un verdadero mar.

—Esta noche habrá luna… —dijo Conrad.

Todos guardaron silencio. Durante horas y horas permanecieron allí, como hipnotizados por la boya, hasta que reinó la oscuridad en torno a ellos. Desde algunos buques los veían, pero nadie podía recelar de unos cuantos soldados del ejército de ocupación que sin duda descansaban después de una patrulla. Cuando la noche se enseñoreó del paisaje, ya fueron completamente invisibles incluso para los buques fluviales que surcaban las aguas.

Luego salió la luna. La superficie del río se iluminó como una inmensa nube de plata.

Las sacas con el dinero habían sido descolgadas de los caballos y reunidas entre unos matojos, a cubierto de miradas indiscretas. Conrad señaló entonces a Jim.

—Tú.

Jim, sin una palabra, empezó a desnudarse. Quedó absolutamente tal y como su madre lo había traído al mundo. Sus compañeros, que ya habían visto repetirse aquella escena otras tres veces, se habían tendido y contemplaban las estrellas.

—Primera saca —dijo Conrad.

Le tendió uno de los recipientes de excelente cuero lleno a rebosar de monedas de oro. Jim lo tomó con su izquierda y se introdujo lentamente en el agua, seguido ahora por las miradas un poco ansiosas de sus compañeros.

Jim era un excelente nadador, y lo demostró una vez más. A pesar del peso infernal del saco, no se hundió y consiguió llegar hasta la boya. Resoplaba como un diablo cuando se sujetó a ésta.

Hábilmente abrió entonces las anillas, las hizo pasar por el cable de la bola y luego las volvió a cerrar sólidamente. La bolsa descendió por su propio peso a lo largo del cable que mantenía fija la boya, y quedó empotrada junto al anclaje de ésta.

Ni una crecida tumultuosa arrancaría aquella bolsa de allí. Nadie sospecharía tampoco dónde estaba.

Jim regresó poco a poco para repetir la operación.

Tuvo que repetir aquello cuatro veces más, tomándose descansos prolongados entre viaje y viaje. Sus compañeros estaban inquietos, removiéndose sobre la hierba. Siempre se sentían más nerviosos al ocultar el dinero que al asaltar los Bancos.

Por fin las cinco bolsas estuvieron sujetas por sus anillas al fuerte cable de la boya. Jim resopló:

—Ahora falta la marca.

—Toma.

Había abierto un pote donde había una espesa pintura negra. Jim se ensució la mano con ella y se introdujo de nuevo en el agua, avanzando con una mano y llevando la otra en alto, de modo que no se mojase.

Al llegar a la boya, la marcó bien con sus dedos impregnados de pintura y luego regresó, nadando ahora con las dos manos para poder limpiarse.

El trabajo estaba concluido.

Un golpe más había sido dado por la banda que aún esperaba servir al Sur.

CAPÍTULO III

El hombre tartajeó:

—Me ha estorbado usted, amigo… Me ha dado un codazo al entrar… ¡Y eso no se lo consiento a nadie!

—Cállese. Está borracho.

—¿Borracho? ¡No he bebido una gota de licor desde el día que terminó la guerra!

—¡Vaya! ¡No sabía que la guerra hubiese terminado hace diez minutos!

El hombre del hablar tartajeante le miró con los ojos convertidos en dos bolas de fuego.

El tipo que tenía enfrente no se inmutó. Era un fulano de estatura gigantesca, brazos de cargador de los muelles, pecho de gorila y ojos de asesino. Sus labios rígidos parecían de piedra; no tenían la menor expresión.

—Más vale que lo deje, amigo —susurró—. Sé lo que está pensando, y es una lástima.

—¿Lástima para quién?

—Para usted, naturalmente.

—¡Lo voy a…!

—¿Va a matarme?

El otro se movió con rapidez. Creía tener todas las ventajas, porque su enemigo no había hecho aún el menor gesto y además parecía distraído, ausente.

Fue a sacar, y en ese momento un par de garfios de acero le sujetaron por la camisa.

Antes de que pudiera hacer nada, ya estaba en el aire. Antes de que pudiera gritar, notó como si un huracán levantase su cuerpo, impulsándolo hacia arriba. Nunca hubiese creído que él fuera capaz

de volar de aquel modo. Rompió algo con su cuerpo y lanzó un aullido al darse cuenta de que era la barandilla del piso superior. ¡Aquel fulano lo había lanzado a tres metros de altura!

El tartajeante, después de romper la barandilla, se encontró medio sentado en las escaleras del saloon. Lanzó otro grito al notar que su cuerpo se vencía y que rodaba hacia abajo. Su corpachón retumbó en todos los peldaños hasta quedar desmadejado en tierra, a muy poca distancia de las botas del gigante.

Éste se limitó a preguntarle suavemente:

—¿Más?

El borracho se serenó de pronto. Ya no pensó en sacar su revólver. Tuvo dos accesos de hipo y luego farfulló:

—Es…, es bastante.

El gigante hizo un gesto, señalando la barra.

—Bébase a mi salud una copa. No sé si será verdad, pero dicen que el alcohol con alcohol se quita.

El camarero se acercó corriendo.

—¿Y usted? ¿No quiere usted beber nada, Johnny Flanagan?

El federal le dirigió una lejana sonrisa.

—A mí no me conviene beber, amigo. Saldré un momento a tomar el aire ahí fuera.

Todo esto sucedía en el único saloon de una ciudad llamada Fulton, que está muy cerca del río Mississippi, siguiendo la ruta que entonces se empleaba normalmente para viajar hasta el estado de Missouri, situado más al norte.

La calle principal de Fulton estaba poco animada, y un vientecillo agradable corría a lo largo de los porches. Johnny se sentó en una de las sillas y empezó a cargar su pipa.

El alguacil de la ciudad se acercó lentamente a él, avanzando a lo largo del porche, y tomó asiento en otra silla vacía.

—¿Qué hay, Johnny?

—Ya ves… Pensando.

—Dicen que te han encargado un trabajo.

—Ajá.

—Esos tipos que atracaron el Banco de Memphis… Y habían dado otros tres golpes antes, todos con la misma perfección. Son una banda muy peligrosa y bien organizada.

—Ahora hay bastantes así —dijo Johnny pensativamente—.

Todo el Sur se ha ido llenando de bandoleros.

—Pero ésos son distintos. Tienen una organización y una disciplina. Recuerdan a un grupo militar.

Johnny encendió al fin su pipa.

—Puede que lo sean —dijo reflexivamente—. Muchos de esos grupos de bandoleros los forman antiguos soldados del Sur. Si encuentran un jefe prestigioso, le obedecen como si aún siguiera la guerra, y de ahí esa precisión que tanto te admira.

—Ya comprendo.

—No les doy a ellos toda la culpa de lo que sucede —suspiró Johnny—. Debe ser amarga la derrota, y debe ser más amargo aún sentirse forastero en una tierra que antes fue suya. En esas condiciones, el que no sabe más que pelear y además no encuentra respeto ni trabajo, ¿qué va a hacer?

—Parece como si los disculparas.

—Me limito a comprenderlos —dijo Johnny—. Por lo demás, la ley es la ley. Cuando yo tengo delante a uno de esos bandidos le doy el alto una sola vez. Si no se rinde a la primera, tiro a matar.

—Has dejado ya detrás de ti una buena colección de tumbas…

—¿Quién piensa en eso?

Dio una lenta chupada a su pipa y susurró:

—Pero esa banda es distinta, realmente.

—¿En qué sentido?

—Verás, todos los golpes los han dado en una zona muy cercana al Mississippi. Parece como si el río los atrajera, como si los fascinase. ¿Qué explicación dar a eso?

—No lo sé.

—También tienen otra característica. Siempre desprecian los billetes. En algunos de los Bancos asaltados había bonitas fortunas en forma de papel, y nunca las han querido. Solamente se llevan moneda de oro o plata, a pesar de que resulta mucho más embarazoso su transporte.

—No querrán ser atrapados por la numeración de los billetes.

—Nada de eso, amigo. Nuestro sistema de vigilancia no está aún lo bastante perfeccionado como para que eso sea un peligro. Muchos billetes no tienen su numeración anotada en los Bancos, y además, en cuanto salen de la ciudad, ya nadie puede seguirles la pista. Tiene que haber otra explicación.

—¿Y cuál es en tu opinión?

Johnny se retiró la pipa de los labios y sonrió levemente.

—Amigo, si yo supiera eso habría dado un gran paso adelante, pero la verdad es que no tengo ni idea. Me limito a dar vueltas en mi caletre a esas dos circunstancias, y a lo mejor sale algo… ¡O quizá no salga absolutamente nada!

Lanzó una carcajada y volvió a encender su pipa, que se le había apagado.

Estaba aún bien lejos de sospechar que los asaltantes sólo se llevaban monedas de oro o plata porque éstas permanecían inalterables siempre en el fondo de las más corrompidas aguas, y porque conservaban su valor a salvo de los cambios de moneda. Estaba bien lejos de sospechar también que siempre actuaban cerca del Mississippi porque era el único lugar donde podían ocultar tranquilamente el botín, y dejar marcados los sitios sin peligro alguno, gracias a las boyas.

Pero ya su cerebro daba vueltas a aquella idea. Era posible que pronto obtuviese consecuencias.

Johnny no sólo tenía puños. Siempre había intentado también tener corazón y cabeza.

Mientras encendía su pipa de nuevo, oyó rumor de cascos de caballo. El alguacil murmuró:

—Mira, una patrulla nordista.

Johnny Flanagan alzó los ojos. Vio, a través del humo de su pipa, aquellos cinco jinetes que avanzaban lentamente, con la tranquilidad que da el pisar terreno conquistado.

—Todo esto está lleno de patrullas —dijo el alguacil—, y no es que yo sea del Sur, pero me molestan. Da demasiado la sensación de que la guerra continúa y nosotros somos los vencidos.

—Es que la guerra continúa —murmuró Johnny—. Hay grupos del Sur que actúan aún; cada día se producen atentados contra el ejército de ocupación.

—Comprendo, pero…

Johnny retiró la pipa de sus labios.

—Oye, que se te va a apagar otra vez.

Las facciones del federal estaban tensas. Sus ojos parecían escrutar el vacío.

—¿Qué…, qué te pasa? ¿No has visto unos soldados en tu vida?

—Como ésos, no.

—Pues yo no les veo nada de especial. Sus uniformes son impecables.

—Pero las sillas de sus caballos, no.

—¿Qué pasa con ellas?

—No son de reglamento.

—Caray, te fijas en cada detalle… No se las habrán suministrado normalmente. La intendencia del ejército de ocupación reparte a veces entre sus soldados cosas que ha saqueado.

—No, cuando se trata de equipo militar. Las sillas de la caballería son todas iguales. Pero hay algo más.

—¿Qué?

—Una cosa muy sencilla. ¿Qué hacen unos soldados de infantería montados a caballo? Porque sus insignias son de infantería.

El alguacil sintió que le quemaba la silla.

—Diablos…

Los cinco hombres habían pasado ya. No sospechaban que acababan de ser observados por un verdadero experto. No se habían dado cuenta tampoco del fallo de las sillas ni del fallo de sus insignias. Uno no puede estar en todo, ni, aunque trate de no descuidar el menor detalle.

Johnny se puso en pie.

—Voy a ver si se alojan aquí.

—Oye, Johnny, ve con cuidado. A lo mejor te tiras una plancha y les sabe mal. Esa gente es peligrosa.

—Descuida, obraré con precaución.

—Contra ellos de nada te servirá tu revólver. ¡La que se armaría si dispararas contra uno de esos tipos vestidos de azul!

—No temas, sólo haré unas indagaciones discretas. No puedo estar seguro de que mis sospechas sean ciertas. Hasta luego.

Fue a descender del porche, pero en ese momento un muchacho vestido con chaqueta de piel llegó corriendo.

—Un telegrama para usted, señor Flanagan.

—¿Un telegrama?

—Sí. Viene de Washington.

Johnny desdobló el papel con gesto preocupado. Debía ser una ampliación de órdenes. Aquella gente de la capital siempre estaba

dando instrucciones nuevas.

El telegrama decía sólo esto: «Venga sin pérdida de tiempo. Urgentísimo».

Johnny guardó el papel en uno de los bolsillos de su camisa.

—¿Te llaman? —preguntó el alguacil.

—Sí. Voy a largarme ahora mismo. Siento no poder preocuparme de esos soldados, pero échales un vistazo tú.

—¿Volverás pronto?

Johnny se encogió lentamente de hombros.

—Sí —murmuró—, pero… pero me temo que luego todo resultará distinto.

CAPÍTULO IV

Washington era entonces una ciudad muy diferente de lo que luego llegó a ser con el tiempo. En cierto modo tenía aspecto de villorrio del Sur. Sólo algunos edificios oficiales destacaban, insinuando algo de su incipiente grandeza. Algunas de sus calles eran barrizales aún, y el aspecto de ciudad jardín que aún hoy conserva era entonces completamente espontáneo. Washington era una ciudad que no necesitaba esforzarse para vivir bien inmersa dentro de la naturaleza.

Johnny Flanagan llegó allí después de emplear diligencia y tren. Estaba muy cansado cuando puso los pies en la estación, caminando a lo largo del andén con su indumentaria típicamente vaquera. Algunos hombres se volvían a mirarle, un tanto extrañados, lo mismo que algunas mujeres, aunque, éstas le miraban con más disimulo y por razones bien distintas.

Johnny Flanagan era uno de esos tipos ante los que ninguna mujer puede permanecer indiferente, y menos las damiselas finas y distinguidas de Washington.

El joven pareció ir a dirigirse a la Casa Blanca, residencia oficial del presidente. Al menos fue ésa la dirección que tomó.

Pero se desvió cuando estaba a poca distancia. A unas trescientas yardas, rodeada de un jardín, se alzaba entonces una sombría casa de tres pisos, por cuyas paredes trepaba la hiedra, y que estaba vigilada constantemente. No era una cárcel, sin embargo. Era un centro en el que costaba bastante dinero ingresar.

Los caminillos del jardín estaban bien cuidados. La verja era alta y de hierro forjado, muy artística y cara.

Un letrero de bronce indicaba sobre la entrada: «Clínica Mental del Doctor Linnen».

Johnny se detuvo ante la verja e hizo sonar una campanilla.

Sabía que allí recibían asistencia los dementes más ricos del país. Gente trastornada cuya familia podía costearle los mejores médicos y los cuidados más atentos. Grandes industriales que empezaban a flaquear de los nervios. Secretarios del Gobierno cuya mente necesitaba ya vigilancia después de la tensión insoportable que en ellos habían producido los años de guerra.

La clínica era un lugar bastante conocido en los medios oficiales de Washington. Algunos altos funcionarios decían en broma que todos irían a parar allí, si el trabajo continuaba a aquel ritmo.

Un hombre vestido con bata blanca apareció al otro lado de la verja. Miró recelosamente a Johnny, y al fin una mueca de comprensión apareció en su rostro.

—Usted tiene que ser el señor Flanagan —dijo.

—Sí.

—Pase. Le esperábamos.

La verja fue abierta. Johnny pasó.

La gravilla de los senderos crujía bajo sus pesadas botas. El tintineo de las espuelas, cosa muy poco normal allí, arrancaba débiles ecos en las desiertas avenidas, bordeadas de piedras labradas y de espeso follaje.

Johnny no dijo una palabra. En realidad, no se atrevía a preguntar.

Entraron en el edificio, que estaba silencioso y sumido en penumbra. Dos hombres, también vestidos con bata blanca, parecían montar guardia en el vestíbulo. Sus ojos inexpresivos se clavaron en la curiosa figura de Johnny.

Sonó quedamente otra campanilla. Se abrió una puerta acolchada y apareció un hombre alto, algo encorvado, que vestía una bata blanca de mejor calidad, y avanzó al encuentro del federal.

Éste susurró:

—Hola, doctor Linnen.

El doctor Linnen era un hombre de unos cuarenta y cinco años, y se le adivinaba fuerte y nervioso bajo la bata médica. Llevaba gafas, pero en verdad podía pasarse sin ellas. Considerado uno de los mejores siquiatras del país, entre sus clientes se contaban las más relevantes personalidades de Washington.

Pero era un hombre ambicioso, y nunca estaba satisfecho con lo que tenía. Quizá por eso trabajaba hasta altas horas de la noche, no concediéndose apenas descanso.

Ese hombre, pues, estrechó la mano de Johnny.

—Siento haberle hecho venir —dijo.

—¿Era… necesario?

—Sí.

Johnny apretó los labios. Por sus ojos pasó una nube de tristeza.

—Vamos —musitó.

Subieron por unas escaleras de mármol, hasta el piso superior. Allí había una habitación con la puerta entreabierta.

Por ella se filtraba una luz amarillenta, pálida, tétrica, que Johnny reconoció en seguida. Era esa luz espectral de los cirios que nunca se olvida cuando se ha visto una vez.

Se detuvo ante la puerta. Le costaba respirar.

—Entre —dijo el doctor Linnen—. Es mejor.

Johnny entró. Vio los cuatro cirios rodeando el túmulo, sobre el cual se encontraba el ataúd. Y tuvo que cerrar los ojos.

No quiso ver a la joven que se encontraba en él. No quiso ver a la mujer muerta.

CAPÍTULO V

Conrad se desprendió del correaje y pidió a Charles que le ayudara a quitarse las botas.

—¡Quién me lo hubiera dicho, muchacho! ¡Yo vestido con uniforme nordista! ¡Mira que si me mataran con esto encima! ¡Sería lo último!

Charles le ayudó. A pesar de que ahora eran todos iguales, Conrad le inspiraba un gran respeto. Había sido su capitán hasta pocos meses antes, hasta que terminó la guerra. A veces le costaba tratarle como a un compañero.

Luego él se sentó en su cama.

Jim se había semi-desnudado también. Ellos tres iban a compartir una gran habitación del hotel, mientras Larsen y Joe se repartían otra que estaba al lado opuesto del corredor.

—De todos modos, ha sido buena idea —dijo—. Nadie puede sospechar de nosotros.

—¿Tú crees?

Jim alzó la cabeza.

—¿Qué te pasa, Conrad?

—Había un alguacil y un tipo desconocido charlando en un porche cuando hemos entrado en la ciudad. El alguacil llevaba su placa bien visible y por eso me he fijado en él. No he oído lo que decían, claro, pero estoy seguro de que hablaban de nosotros.

—¿Y qué?

—No sé. No me gusta esto… Debemos haber cometido algún error, aunque ahora no acabo de precisar cuál es. Habrá que estar atentos a lo que ocurra. Por lo pronto, veamos los documentos de identidad que había en los uniformes. Tenemos que sabernos de memoria nuestros nuevos nombres, lugar de nacimiento y todas

esas zarandajas.

Hurgaron en los bolsillos. Todos los uniformes contenían dinero suelto, pequeños recuerdos, alguna carta de los familiares que sólo hubieran tenido interés para los muertos, y la hoja de identidad que se entregaba a cada soldado. Eso era lo más importante.

Pero Jim parecía haber encontrado algo que le interesaba más que aquello.

—Eh, mirad…

—¿Qué es eso?

—Una carta.

—Hombre, vaya cosa…

—Es que ésta es especial. Fijaos en lo que dice: «Ted, mi nunca olvidado Ted: Ya está todo preparado para la boda. La iglesia principal de Memphis, el sacerdote, los invitados… ¡Todo! Lo único que falta recoger son las flores que adornarán el templo. Anoche me trajeron el vestido de novia a casa y me sienta maravillosamente, aunque… ¿para qué te cuento todo esto? Dicen que trae mala suerte ver a la novia con el vestido antes de la boda, y quizá la traiga también hablar de eso. Pero necesito decírtelo para que te pongas en camino ya. Tus jefes no pondrán, inconveniente estoy segura. Ven a toda velocidad pensando que el domingo seré tu esposa. Te recuerda: Judith».

Jim dejó de leer. Sus ojos se habían nublado.

—El documento de identidad va a nombre de Ted Conton. Es decir…, la carta que os acabo de leer iba dirigida al hombre cuyo uniforme yo llevo ahora.

Conrad tragó saliva penosamente.

—¿Es muy antigua la carta?

—No. De hace… ¡dos días!

—Entonces ese domingo de la boda de que habla la chica tiene que ser el próximo domingo. ¿A qué día estamos hoy?

—A lunes, Atracamos el Banco el sábado.

Jim dejó caer el papel al suelo. Todos le miraban como a un bicho raro.

—Chico —susurró Charles—. ¡Estás metido en el uniforme de un tipo al que aún esperan para casarse! ¡Ella ni siquiera debe imaginar que está muerto!

Jim apretó los labios.

—No… no debe saberlo.

Se tendió en la cama y cruzó sus manos bajo la nuca. Su mirada se perdió en el techo de la habitación.

Nunca le había ocurrido nada semejante. Había vuelto a guardar la carta y sentía como si ésta quemara sobre su pecho.

Conrad salió por la mañana y se dirigió tranquilamente a la parada de diligencias. Su uniforme hacía que casi todas las personas con las que se cruzaba le miraran mitad con temor, mitad con respeto. Aquellas poblaciones del Sur aún tenían la mentalidad de los vencidos. Caminando como si se sintiera muy seguro de sí mismo, Conrad examinó el paquete de periódicos que la última diligencia acababa de lanzar sobre uno de los porches.

Un empleado del almacén general de la población estaba desatando aquel paquete para empezar a distribuir los ejemplares.

—¿Ha llegado La Voz de Kansas City? —preguntó Conrad.

—Sí, señor, acaba de llegar. Afortunadamente, la diligencia no se ha retrasado hoy.

Conrad compró un ejemplar y lo desdobló. Las noticias de primera página parecieron no interesarle demasiado. Tampoco la crónica mundana ni el correo ganadero que ocupaban dos de las páginas interiores. Lo que Conrad buscaba era la sección de anuncios, que entonces ya empezaba a ser importante en algunos periódicos norteamericanos.

Sus ojos escrutaron las líneas impresas buscando un anuncio determinado. Al fin lo encontró. Era casi insignificante.

> «Banco de Union City busca jefe para su cartera de valores. Presentarse jueves a las once horas. Inútil sin referencias y experiencia acreditada en cargo similar».

Conrad entrecerró los ojos. Fue al saloon más próximo, bebió un doble de *whisky* y luego se dirigió al hotel donde se hallaban holgazaneando sus compañeros.

Conrad los reunió en su dormitorio.

—Muchachos, hay que actuar.

—¿Qué ocurre?

—Hay órdenes.

Les mostró el anuncio. Todos comprendieron en seguida lo que significaba.

—Ha sido puesto por telégrafo —explicó Conrad—. Yo sabía ya que las órdenes las recibiría por medio de este diario. El jefe sabe que se va a recibir en Union City. Una buena cantidad.

—¿Cuántos Bancos hay allí?

—Debe haber uno solo, desde el momento que no especifica. No podemos equivocarnos.

—¿Qué día es el señalado?

—El jueves a las once. No podemos perder tiempo. Union City está en el norte del territorio.

—¿Qué haremos? ¿Atacar con estos uniformes?

—Sobre la marcha veremos qué es lo que conviene hacer. Y ahora preparémonos todos para el viaje. No hay que perder un minuto.

Los cinco hombres se dedicaron a partir de entonces a una febril actividad. Ya estaban acostumbrados a cambiar continuamente de residencia, de modo que un viaje más era para ellos un acto rutinario. Conrad abonó la cuenta del hotel, engrasó algunas piezas de su silla, montaron en sus caballos y se dirigieron a buena marcha hacia el Norte.

Llegaron a la vista de Union City el miércoles al anochecer. Decidieron acampar en las afueras de la población, en un sitio donde no fueran vistos.

Conrad y Jim fueron los únicos que entraron en Union City, para ver bien el edificio del Banco, comprobar su situación, sus defensas y las posibles vías de escape. Se introdujeron en un saloon, bebieron y charlaron con algunos de los empleados, y se enteraron de que en el Banco trabajaban ocho hombres. Normalmente había un guardián en el interior. Las oficinas se abrían mañana y tarde, durante nueve horas diarias.

Los dos hombres se trazaron ya un itinerario para la acción del día siguiente. El golpe tenía que ser dado a las once en punto, aunque ellos no sabían bien por qué.

Cuando su jefe había determinado aquella hora, algún motivo poderoso tendría.

Él no se equivocaba jamás.

* * *

Johnny Flanagan descendió de la diligencia. Tenía un aspecto cansado y triste. Su alegría y su vitalidad parecían haberse disuelto en el aire.

El alguacil que, como siempre, vigilaba la llegada de viajeros, le vio descender del carruaje.

—Muchacho…, ¡qué pronto has vuelto!

—Sí.

—¿Qué te ocurre? ¡Caray! ¡Parece como si hubieras envejecido cinco años en tres días!

—¿Es que no sabes contestar de otro modo? ¿Qué diablos ocurre, hombre? Hala, vamos a tomar una copa.

Los dos hombres entraron en el saloon, y Johnny bebió sin inmutarse media botella de *whisky*. El ardiente licor no le produjo el menor efecto. El alguacil esperaba que se mostrase más alegre, pero pronto hubo de desistir.

—¿Para qué te llamaron a Washington? —preguntó al fin.

—Asuntos…

—¿Tus jefes te han metido alguna bronca? ¿Quizá no están contentos con tu trabajo?

—No es eso.

—Hombre, es que pareces tan desanimado…

—Algún día te hablaré de todo ello, muchacho. Cambiemos ahora de tema, si no te importa.

—No, hombre, no me importa. Ya veo que estás algo raro.

—¿Qué ha sido de aquellos soldados que llegaron a la ciudad el día de mi marcha? ¿Aún están aquí?

—¿Es que sigues desconfiando de ellos?

—Ya te he dicho que me parecieron raros.

—Veo que sigues con tus manías… Pues bien, no están ya en la ciudad. Se evaporaron.

—¿Adonde fueron?

—¿Y quién lo sabe, muchacho? Yo no soy capaz de preguntar nada a unos hombres que forman parte del ejército de ocupación. Pero, si quieres, preguntaremos en el hotel donde se hospedaron.

—Vamos.

—También es manía… —refunfuñó el alguacil.

Llegaron al hotel. El dueño no sabía adonde habían ido aquellos

cinco hombres.

—No explicaron nada —dijo—. Ya saben ustedes cómo son esos tipos del Norte. Bastante más callados que nosotros… Se han largado hace justamente veinticuatro horas. Y, desde luego, pagaron la cuenta con toda puntualidad.

—¿Dejaron algo? ¿Por ejemplo, ropa o equipaje?

—No. Lo único que olvidaron en su habitación fue algo sin ningún valor. Un periódico.

—¿Puedo verlo?

—No sé si lo guardé. ¿Qué interés puede tener un periódico atrasado? Me parece que tiene usted manías, amigo.

Él alguacil fue de la misma opinión.

—Estás perdiendo el tiempo, Johnny —dijo en voz baja.

—Lo sé, pero necesito ocupar mi cabeza en algo. Tú quizá no lo comprendas ahora. Si todo esto me impide pensar en otras cosas, será una suerte para mí. Además, aquellos tipos eran realmente curiosos.

El dueño del hotel encontró el periódico. Estaba doblado por la página de anuncios.

—Lo leyeron varias veces —aclaró.

—¿Qué son estas manchas?

—¿Estas manchas? No sé… Parecen de aceite de engrasar. Ah, sí, ya recuerdo lo que sucedió.

—¿Qué?

—Uno de aquellos soldados, el que llevaba el periódico, me pidió aceite de engrasar para no sé qué piezas de su silla. Luego se limpió las manos con un paño. Puso el periódico sobre el mostrador y lo leyó por última vez. Luego marcharon.

—Sus dedos aún debían estar un poco impregnados de aceite, porque quedaron enmarcados en el papel —dijo Johnny.

—Sí, ya veo. ¿Pero qué importancia tiene eso?

—¿Dice que puso el periódico sobre este mostrador? ¿Y apoyó las manos encima?

—Sí.

—¿De este modo?

—Exacto.

Johnny había puesto sus manos justamente sobre las leves manchas de aceite. Aquellas manos tapaban entonces casi toda la

página de anuncios doblada por la mitad. La zona que el hombre debió haber leído quedaba considerablemente reducida: apenas un octavo de página.

El federal leyó uno a uno los anuncios que estaban insertos en aquel espacio.

Todos eran los típicos anuncios que uno espera encontrar en el periódico de una ciudad ganadera y cuyos lectores son ganaderos también. Ofertas de sementales, piensos, ventas de rebaños enteros, de tierras de pasto… Sólo había un anuncio que no acababa de encajar bien en aquella sección.

Un Banco de Union City solicitaba un jefe para su cartera de valores.

Johnny se echó el sombrero hacia atrás, sobre la nuca.

—Voy a telegrafiar —dijo.

—¿Para qué?

—A propósito de este anuncio.

—Pero Johnny…, ¡no tiene nada de especial!

—Poco se perderá por un telegrama —dijo Johnny—, y yo quedaré más tranquilo.

Johnny había vivido siempre a lomos de un caballo, manejando sus puños y su revólver, y no parecía observador. Sin embargo, lo era, y mucho. Estaba convencido de que un agente federal no puede ser sólo un hombre que maneje bien el revólver, pues entonces está condenado al fracaso. Después de la guerra civil, las bandas de forajidos empezaban a estar ya perfectamente organizadas; hombres que habían dirigido batallas organizaban atracos a los Bancos, a los rebaños y a los ranchos. Un agente federal necesitaba algo más que un gatillo para vencerlos. Necesitaba también dotes de observación e inteligencia.

Johnny demostró una vez más que poseía ambas virtudes.

Fue a la oficina del telégrafo, dictó un telegrama al director del Banco de Union City y prometió pagar la respuesta. Ésta llegó tres horas más tarde.

El director del Banco anunciaba que él no había puesto ningún anuncio ni necesitaba ningún jefe para su cartera de valores. Pero prometía telegrafiar al principal accionista, que vivía en Nueva York, por si el anuncio era cosa suya.

Johnny estaba, perfectamente convencido de que no. De que el

anuncio había sido puesto por alguien que nada tenía que ver con el Banco.

Sus sospechas se confirmaban.

Estuvo tentado de poner otro telegrama pidiendo al director que cerrase el jueves por la mañana, ya que él barruntaba algo, pero no se atrevió. ¿Y si al fin resultaba que el principal accionista, el que vivía en Nueva York, había puesto el anuncio? Johnny Flanagan no habría conseguido más que cubrirse de ridículo.

Fue eso lo que le detuvo.

Pensó en poner otro telegrama al periódico, a Kansas City, preguntando quién había pagado aquel anuncio, pero pensó que la respuesta ya la recibiría demasiado tarde.

Era mucho mejor que él mismo fuese a Union City. De nada servía controlar un crimen a distancia; era necesario estar allí en el momento en que se produjese. Además, Union City quedaba dentro de la demarcación que le había sido asignada.

—Me marcho ahora mismo —decidió.

—Pero… ¡si acabas de llegar de viaje!

—Lo sé. Sin embargo, no puedo perder el tiempo.

—Tú estás loco, muchacho.

—Es curioso… —musitó Johnny—. De una casa de locos vengo. Eso es, más o menos, lo que he visitado en Washington. Pero no puedo hablar ahora… Es necesario que monte a caballo cuanto antes. Cada minuto cuenta.

CAPÍTULO VI

Conrad consultó su reloj. Sus cuatro hombres estaban fuera de toda visibilidad, al abrigo de unas rocas. Diríase que eran una patrulla que se preparaba para una operación militar.

Todo parecía indicar que Conrad estaba nervioso. Daba grandes zancadas mientras consultaba su reloj frecuentemente. Había fumado mucho más que de costumbre. Al fin, decidió:

—¡En pie!

Todos sus hombres se incorporaron. Eran exactamente las diez de la mañana.

El día resultaba despejado y claro. Las primeras casas de Union City se distinguían a poca distancia, con absoluta perfección. La ciudad parecía tranquila.

Conrad olfateó el aire.

—Es extraño —dijo.

—¿Extraño? ¿El qué?

—No se oye ningún ruido. Y nadie ha salido para trabajar en el campo. ¡Ni que fuera domingo!

—Pues es jueves.

—Algo debe ocurrir, aunque no comprendo qué. De todos modos, esto no me gusta.

Conrad consultó su reloj de nuevo y empezó a repartir órdenes.

—Tú irás al Banco —dijo a Jim—, y pedirás un impreso para hacer una transferencia. Lo rellenas sin prisas. Cuando lo entregues te dirán que no tienes cuenta corriente allí. Entonces entretienes al empleado diciendo que debía haber llegado ya una remesa de fondos a tu nombre, y que por favor que lo averigüe. En todo esto debes emplear unos quince minutos, hasta que nosotros lleguemos. Ahora te toca a ti, Larsen.

—¿Qué?

—Fingirás acompañar a Jim y estar bebido. Te sentarás en una de las sillas del Banco y llamarás la atención con tus tonterías, aunque sin hacer ninguna estridencia, para que no llamen al *sheriff*. Jim te calmará de vez en cuando. Procuraréis atraer entre los dos la atención de todo el mundo, en especial del guardián que hay junto a la puerta. En cuanto oigáis el galope de nuestros caballos, golpeadle hasta dejarle sin sentido. Luego amenazad a los empleados. ¿Comprendido?

—No es un trabajo difícil.

—Ni fácil. Recordad exactamente cuál ha de ser vuestro papel hasta oír el galope de nuestros caballos. Y ahora…, ¡en marcha!

Los dos hombres designados, Jim y Larsen, montaron y partieron al trote hacia la ciudad.

Conrad calculó que tardarían media hora en llegar a ésta, a la velocidad que llevaban.

Por su parte, ellos irían al galope, entrando en Union City por sorpresa, fardarían unos quince minutos, de modo que, combinando la salida, los dos hombres que iban por delante les llevarían una ventaja de un cuarto de hora. Era lo que necesitaban para su trabajo previo en el Banco.

Conrad aguardó con impaciencia el tiempo preciso, consultando repetidamente su reloj. Luego ordenó:

—¡En marcha!

Tres hombres montaron a caballo y salieron a galope. Conrad tenía las facciones ligeramente contraídas.

Cada vez le gustaba menos el silencio de la ciudad.

¡Y de pronto las campanas de la única iglesia redoblaron, tocando a muerto!

Conrad, al principio, rechinó los dientes, creyendo que aquello era un mal presagio. Le acometió un súbito e inexplicable temor.

Tuvo la sensación de que aquellas campanas doblaban ya por sus almas.

Pero, al entrar en la ciudad, vio un gran cartel, orlado de negro, pegado en una de las fachadas. Aquel cartel decía:

«Vecinos de Union City: Hoy recibirá sepultura uno de nuestros más ilustres conciudadanos, el honorable

> Robert Cantry, miembro de la Cámara de Representantes en Washington, D. F. A las once en punto. ¡Asistid todos a esta última ceremonia!».

Conrad estuvo a punto de lanzar una carcajada.

Ahora comprendía el porqué de aquel silencio. Ahora se daba cuenta de por qué la ciudad parecía muerta.

¡Todo el mundo estaba en el entierro de aquel ilustre vecino! ¡Nadie estorbaría su acción desde las calles!

¡Por eso el jefe había elegido concretamente aquella hora: las once!

¡El jefe estaba enterado de todo! ¡El jefe sabía!

Un hombre cubierto de polvo, con los ojos casi cerrados a causa del sueño, con las piernas ya algo débiles y los ojos grises espantosamente fijos en el horizonte: así llegó Johnny Flanagan a la vista de la ciudad.

Union City.

¿Qué presentimiento le había traído hasta allí? ¿Había tenido razón en sus deducciones ante un simple anuncio visto en un periódico?

Johnny extrajo su reloj y lo consultó: las once.

Iba a llegar demasiado tarde para intervenir, si sus sospechas resultaban ciertas. Las once era la hora clave. Espoleó más a su cansado caballo y aceleró su galope.

La ciudad parecía vacía, muerta. No comprendía por qué.

Johnny consultó de nuevo su reloj: las once y cinco.

De pronto sonaron disparos. Fue una zarabanda infernal que hizo estremecer las dormidas casas.

Johnny extrajo su revólver. Intentó situarse y adivinar la procedencia de aquellos disparos.

Casi fue arrollado por los cinco jinetes que doblaron a la vez la esquina, avanzando con la velocidad de un huracán, mientras disparaban hacia atrás sus revólveres. Johnny lanzó una maldición al distinguir cinco uniformes azules.

No se había equivocado. Allí estaban los cinco hombres de quienes sospechó. ¡Cinco forajidos!

Llevaban bolsas de piel colgadas de las sillas de sus caballos por medio de unas anillas de forma especial. Johnny calculó que debían

tener una buena provisión de aquellas bolsas, puesto que en sus atracos siempre empleaban las mismas.

Pero no había tiempo que perder. Si no llegó a tiempo para evitar el asalto al Banco…, ¡al menos debía evitar que aquellos buitres huyesen!

—¡Alto! —gritó—. ¡Quietos, en nombre de la ley!

Johnny Flanagan siempre daba el alto una vez. Era su costumbre. Después de eso podía disparar con la conciencia bien tranquila.

Ninguno de los cinco hombres se detuvo. Por el contrario, uno de ellos volvió su revólver hacia él.

—¡Es Johnny Flanagan!

Johnny sintió una quemadura en la cadera antes de tener tiempo de disparar. Esta vez, deseando cazar vivos a los pistoleros, se había distraído unas décimas de segundo. Se bamboleó sobre la silla y cayó de costado, mientras disparaba a su vez.

Se oyó un grito. Uno de los fugitivos soltó su revólver, salió materialmente despedido de la silla y dio una vuelta de campana en el aire antes de empotrarse en tierra.

Johnny le había alcanzado en la columna vertebral. Caído en el suelo, preparó su revólver de nuevo.

Pero los cuatro jinetes restantes galopaban como diablos. La siguiente bala se perdió entre las patas de los caballos.

Charles estuvo a punto de detenerse.

—¡Es Joe! ¡Ha caído Joe!

—¡Calla! —gritó Conrad—. ¡Sigue!

—Pero… no podemos…

—¿Quieres que nos atrapen a todos a la vez? Nada podemos hacer ya por él. ¡Sigue!

Doblaron a fantástica velocidad la esquina inmediata. Otra bala de Johnny arrancó cabellos de la cabeza de Conrad. Éste sintió como una vacilación, y el frío de la muerte penetró hasta sus huesos. Tuvo que abrazarse al cuello de su montura porque pensó que iba a caer, pero su habilidad de jinete le permitió mantenerse sobre la silla. De lo contrario, hubiese estado perdido. Cuando se dio cuenta, ya había doblado la esquina y galopaba en dirección a su escondite.

Mientras tanto, Johnny Flanagan se enfrentaba con un

verdadero problema. Lamentó haber venido solo.

Si perseguía a los forajidos no podía interrogar al caído, que estaba a punto de morir. Y si interrogaba a éste, lo más probable era que los forajidos huyesen.

Al fin optó por la solución que le pareció más humana. Se acercó al caído.

Joe le miró con expresión socarrona, a pesar de que no podía moverse y a pesar del dolor insufrible que debía sentir en todo su cuerpo.

—De modo que Johnny Flanagan, ¿eh?

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Joe… y vas a hacerme un favor.

—Pide lo que quieras.

—No dejes que me entierren… con este uniforme.

—¿Eres un sudista?

—Combatí con lealtad y con honor… hasta la derrota. Y aún sigo combatiendo.

—¿Es que consideráis esto como una continuación de la guerra? ¿Pertenecéis a los guerrilleros de Quantrell?

—No.

—¿Quién es tu jefe?

Joe sonrió, crispada y dolorosamente.

—Eso… no voy a decírtelo.

—Quizá no lo sabes…

—No. Sólo lo sabe… Conrad.

Joe se mordió el labio inferior. Había dicho demasiado. No debió haber pronunciado aquel nombre.

Pero su debilidad era progresiva, su paralización se iba haciendo total. Era evidente que ya no podría decir más.

Johnny trató de ayudarle.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Ya te lo he dicho… Que no me entierren… con esta ropa.

—¿Cuál es vuestro punto de reunión?

Joe denegó lentamente con la cabeza. Ya no podía hablar. Era evidente que tampoco quería hacerlo.

De pronto emitió una especie de ronquido, abrió mucho la boca, con una mueca trágica, y quedó inerte en los brazos de Johnny.

Johnny apretó los labios. Había conseguido bien poca cosa.

Sólo que el capitán del grupo se llamaba Conrad, y que además había otro jefe. Pero ¿quién era éste? ¿Desde dónde recibía sus órdenes aquella banda que se estaba convirtiendo en la más temible del Sur?

Alzó la cabeza.

La calle estaba desierta. Algunos rostros le miraban desde las ventanas próximas, pero eran rostros de mujeres y de niños. Todos los hombres de Union City habían ido al entierro.

Sin duda el golpe había sido planeado por alguien muy inteligente y con mucha información acerca de las ciudades de la zona. De no ser por su llegada, aquel atraco hubiera sido para los forajidos poco más que un juego.

De pronto alguien llegó corriendo. Era un hombre que cojeaba, dejando una estela de sangre. Llevaba un rifle en la derecha.

—¡Malditos! ¡Han asaltado el Banco! ¡Han huido! ¡Se han llevado todo el oro, los muy perros!

Johnny movió una sola mano. Mostró su placa de agente federal.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz helada.

—El guardián del Banco. Me han…, me han herido en una pierna.

—¿Grave?

—Creo… que no.

—¿Han matado a alguien?

—No. Sólo tiraban a asustar… A mí me han dado porque les apuntaba ya con el rifle.

—Está dentro de los métodos de esa banda —susurró Johnny—. Procuran no matar y no hacer más daño del estrictamente indispensable… ¿Cuánto se han llevado?

—Es difícil decirlo. Quizá… setenta mil dólares.

—¿Todo en moneda?

—Todo.

Johnny se puso en pie.

—En ese saco tiene una parte de la fortuna —dijo, señalando el caballo del muerto—. Llévelo al Banco y diga al director que puede confiar en mí. Trataré de dar con esa gente.

En aquel momento llegó un tipo grueso, renqueando también. No le había alcanzado ninguna bala, pero el miedo le impedía correr. Por sus ropas, de excelente calidad, y por su aspecto, se

adivinaba en seguida que era el director del Banco.

Johnny mostró también su placa.

—Soy Johnny Flanagan, el mismo federal que le cablegrafió —dijo—. ¿Ha podido saber al fin quién puso aquel anuncio?

—Diablos… Desde Nueva York no había sido. Telegrafié al periódico… Me dijeron que lo habían puesto desde Washington, empleando también el telégrafo para hacer el encargo.

—¿Quién lo puso?

—No lo saben. Recibieron el giro postal por el importe y no averiguaron nada más. La libranza llevaba un remitente, pero supongo que, si tienen algo que ocultar, será un nombre falso.

—Cierto —musitó Johnny, pensativamente—. Lo único que no es falso es la ciudad: Washington…

Apretó los labios. Su cerebro trabajaba a presión.

El jefe de Conrad podía estar muy bien en la capital de Estados Unidos. También poseía una información muy eficaz y exacta, pues no sólo conocía las remesas de fondos hechas a los Bancos, sino la hora exacta en que era enterrado en su ciudad natal uno de los miembros de la Cámara de Representantes. Semejantes conocimientos sólo podían estar al alcance de personas en las que Johnny no quería ni pensar.

Los miembros del Gobierno…

Por un momento sintió vértigo.

Todo aquello resultaba demasiado absurdo para ser creído. No se podía sospechar, por ejemplo, de un secretario estatal, cargo que en Estados Unidos equivale al de ministro. ¿Pero cómo eran posibles tantas coincidencias? ¿Qué debía pensar?

El director del Banco susurró:

—¿Qué le sucede, amigo?

—Nada… Puede recuperar parte de su oro. Está en la bolsa de cuero de ese caballo. Por favor, contabilice exactamente la cantidad robada. Necesito un informe cuanto antes.

—Lo tendrá.

—Antes ayúdeme, por favor. Hay que llevarse a este hombre y cambiarle de ropas.

—¿Para qué?

—Es algo que él me pidió. Algo muy personal… Yo lo comprendo. Durante la guerra luché en el otro lado, en el Norte.

Tampoco me hubiera gustado recibir sepultura con un uniforme enemigo. Yo pagaré las ropas de paisano que hagan falta.

El director del Banco se encogió de hombros.

—También es manía… Bueno, como quiera. Hoy será día de entierros en Union City…

Johnny ayudó a cargar al muerto. Pero mientras lo hacía, sus labios no cesaban de modular inaudiblemente aquel nombre, el nombre de la ciudad donde estaba el secreto.

Era increíble.

En Washington…

¡Sólo faltaba que estuviera complicado el propio presidente de Estados Unidos!

CAPÍTULO VII

Conrad señaló a Charles:

—Muchacho, el telegrama.

—¿Crees que es prudente… volver allí?

—Nadie te ha visto bien. Y precisamente nos buscarán por todas partes menos en Unión City. Aquél será el sitio donde estarás más seguro durante algunas horas.

Charles se encogió de hombros.

—De acuerdo. Y si puedo, averiguaré qué ha sucedido con Joe.

—No lo hagas. Sería peligroso, y, además, Joe está muerto. ¿Crees que no sé distinguir eso, cuando veo cómo se mueve un hombre al caer de su silla? Por eso no me he detenido; porque sabía que ya nada se podía hacer por él.

Charles inclinó la cabeza. Estaba triste y no sabía bien por qué. Empezaban a morir como en la guerra, y, sin embargo, aquello no era la guerra. Era algo infinitamente más sucio; era un combate en el que se moría sin bandera y sin honor, con un uniforme falso.

Conrad adivinó sus pensamientos. Musitó:

—No des vueltas al asunto, muchacho. Seguirnos peleando por nuestra causa, aunque de un modo distinto. Vete y pon el telegrama. Luego sigues hacia donde te plazca. Todos tenéis dinero. Nos reuniremos dentro de quince días en Little Rock.

—¿Significa eso que vamos a dispersarnos? —preguntó Jim.

—Exactamente. Ahora ese federal, Johnny Flanagan, está sobre nuestra pista y no nos soltará. Nuestra única posibilidad de sobrevivir consiste en separarnos durante un par de semanas. Tú, Jim, me ayudarás a ocultar el dinero en el río, como de costumbre, y luego nos separaremos. No olvidéis esto: quince días de absoluto descanso y de no llamar la atención. Luego nos reuniremos en el

hotel Arkansas, de Little Rock, llegando allí por caminos distintos.

—De acuerdo.

Charles ya había montado en su caballo. Picó espuelas y abandonó el refugio rocoso donde ya se habían reunido antes de dar el golpe. Vio que sus tres compañeros restantes se disponían también a partir. Su bolsa de oro había sido ya entregada a Conrad.

Dio un largo rodeo, para llegar a la población por el lado donde estaba la oficina del telégrafo, evitando así tener que atravesarla. El empleado parecía hallarse atareadísimo, enviando una lista de mensajes que tenía sobre su mesa.

Miró de reojo a Charles.

—¿Qué quiere?

—Poner un telegrama.

—Tendrá que aguardar unos momentos… Tengo éstos por despachar aún… Se ha producido un atraco al Banco, y dos corresponsales de periódicos que están de paso en la ciudad me han dado ya la noticia para que la curse a no sé cuántos sitios.

—Mi telegrama tiene preferencia —le dijo Charles—. Dispóngase a cursarlo inmediatamente.

—¿Ah, sí? ¿Tiene preferencia? ¿Para quién es? ¿Para el presidente de Estados Unidos?

—Justo —susurró Charles—. Usted lo ha dicho.

Y tomando un impreso de los empleados para escribir el texto, empezó a poner la dirección con mano firme: «Señor presidente de Estados Unidos. Washington…».

Si Johnny Flanagan llega a ver aquello, se hubiera quedado de piedra.

* * *

El telegrama fue recibido puntualmente en la capital, en las oficinas privadas del presidente de Estados Unidos. Un oficial lo pasó al secretario Kenton, encargado de controlar, repartir y dar orden de preferencia a la cuantiosa correspondencia que recibía el primer magistrado de la nación.

Kenton era un hombre importante. Ganaba un excelente sueldo y tenía una envidiable reputación. Nadie se atrevería a discutir sus órdenes en lo que se refería a la misión que tenía encomendada.

Se le consideraba, además, un hombre de entera confianza. Un

individuo intachable. Sólo una persona así podía tener el privilegio de controlar la correspondencia dirigida al presidente, una correspondencia llena de secretos, de asuntos de vital importancia, de datos que podían hacer cambiar el destino del país entero.

Kenton abrió el telegrama. Éste decía: «Todo normal en Unión City, excepto Joe muerto».

Nada más.

Kenton arqueó una ceja, dobló el telegrama otra vez y se encontró entonces con los ojos de uno de sus oficiales, que le observaba desde el otro lado de la mesa.

Kenton preguntó irritadamente:

—¿Qué ocurre, Fred?

—La correspondencia para entregar al presidente, señor.

—Ahí la tienes.

—¿Y el telegrama?

—¿Qué telegrama?

—Ese que tiene en la mano, señor. Va dirigido al presidente de Estados Unidos.

—No todo lo que le envían tiene interés para él —dijo abruptamente Kenton—. Mucha gente se dirige al presidente porque le parece bien hacerlo así. ¿Y qué? ¿Va él a leerlo todo? ¿Para qué estoy yo, sino para seleccionar lo que debe ocupar su atención y lo que ha de ir al cesto de los papeles?

—Pero… pero se trata de un telegrama, señor.

—Olvídalo. No dice nada que pueda interesar al presidente. ¡Y ahora vete al cuerno! ¡Ocúpate de lo tuyo!

Guardó el telegrama en uno de sus bolsillos.

Así era el honorable Kenton. Un alto empleado con fama de intachable, pero de genio vivo y áspero. Había días —decían sus empleados—, en que no lo aguantaba ni su madre.

CAPÍTULO VIII

Jim se cambió de ropa después de nadar, como otras veces, por las oscuras aguas del río. En esta ocasión no brillaba la luna, y eso había dificultado su trabajo.

Pero ya todo estaba terminado, y el dinero se hallaba a buen recaudo en el fondo del Mississippi, sujeto al cable de una boya, debidamente marcada. En total, cuatro sacos, con un valor en oro de cerca de cincuenta mil dólares.

Conrad también se cambiaba en silencio. Los dos habían adquirido ropas de paisano para poder huir con más facilidad.

Cuando hubieron terminado, los dos se miraron. No parecían los mismos. Después de cuatro años de llevar uniforme, no les gustaba la ropa de paisano. Incluso habían llegado a sentirse a susto dentro de las guerreras nordistas.

—Ahora enterraremos esos uniformes —decidió Conrad—. No debe encontrarlos nadie.

Jim había hecho un paquete con el suyo y lo ataba a la silla de su caballo. Conrad murmuró:

—¿Es que no vas a enterrarlo?

—Lo haré más adelante. Si los han de descubrir, mejor que encuentren uno solo.

—Está bien, como quieras… Y ahora lárgate, muchacho. No tenemos tiempo que perder.

—¿Adónde vas tú, Conrad?

—Es posible que pase a Arkansas; allí habrá menos vigilancia y me sentiré más seguro. ¿Y tú qué vas a hacer?

—Iré a Missouri —mintió Jim.

Porque en realidad pensaba hacer otra cosa. Algo tan absurdo que no quería comunicárselo a nadie. La carta de aquella

desconocida llamada Judith aún parecía quemarle a través de sus ropas.

Iría a Memphis.

Podía ser una locura, pero quería intentarlo. Quería saber, al menos, quién era aquella muchacha.

Si cabalgaba aprisa aún llegaría a… Aún llegaría a tiempo de la boda. Pero ¿qué tonterías estaba pensando?

Los dos hombres montaron y se despidieron con un solo gesto, con sobriedad típicamente militar. Los otros se habían dispersado ya, y ellos partieron al galope, cada uno en una dirección distinta.

Jim espoleó furiosamente a su caballo, en cuanto Conrad se hubo perdido de vista. Iría a Memphis. ¡Claro que iría, aunque el presentarse allí no fuese más que una locura!

Tenía el tiempo justo.

En realidad, lo que Jim llevaba en la mente era cualquier cosa menos un plan. Sus ideas eran en este momento lo más desordenado y confuso del mundo. Sólo se guiaba por su instinto.

Sabía que nada podía hacer por la novia, por aquella muchacha llamada Judith que esperaría inútilmente al pie del altar.

Pero podía, al menos, decirle una piadosa mentira. Podía consolarla con una historia que hiciera más tolerable aquel amargo momento.

Si él se presentaba como un amigo de Ted, y le hablaba de una heroica muerte, quizá ella se sentiría más consolada. Podía añadir, además, que sus últimas palabras fueron de recuerdo para ella, y que sus últimos pensamientos estuvieron dedicados al amor que los unió.

Aquella desconocida Judith sufriría también, sin duda; su pena sería terrible, pero resultaría mucho más llevadera que si esperaba al pie del altar inútilmente, sin que Ted compareciera y sin que nadie le diese una explicación.

No se le ocurrió pensar que él no había hablado jamás con Ted, y que en tal caso difícilmente podía hacerse pasar por un amigo suyo. Habría cien detalles que le harían meter la pata. No se le ocurrió tampoco que aquel juego podía ser peligroso, y que Memphis había sido el lugar de su penúltimo atraco.

Si alguien le reconocía…

Jim se guiaba por un sentimiento generoso en estos momentos.

No pensaba en sí mismo. Sólo quería consolar a una mujer de la que únicamente conocía el nombre, y dejar en buen lugar el recuerdo de un muerto que en cierto modo había sido su enemigo.

Llegó a la vista de Memphis poco antes del domingo por la mañana, es decir, del día señalado para la boda.

Al amanecer se bañó bien en el río, se afeitó y se vistió de nuevo con las ropas de soldado nordista, cuidadosamente cepilladas. Eran, desde luego, las ropas de Ted.

Tenía un aspecto muy digno cuando entró a caballo en la ciudad. Muchos soldados de los que se casaban de uniforme no tenían una apariencia tan respetable.

Avanzó tranquilamente por la calle principal de aquella ciudad de la que una semana antes salió huyendo. Vio que una casa estaba engalanada y adornada con flores. Debía ser la casa de la novia.

Jim descabalgó, mientras sentía un extraño vacío en el corazón. ¿Cómo decirle las primeras palabras? ¿Cómo explicar lo sucedido?

Pero ya no podía retroceder. Ya había comenzado aquella extraña aventura y era imposible volver atrás.

De pronto la puerta de la casa se abrió. Dos hombres bien vestidos, con aspecto de invitados, casi se abalanzaron sobre él, abrazándole y palmeándole la espalda.

—¡Eh, Ted! ¡Creíamos que ya no llegabas! ¡Tienes que darte prisa, hombre! ¡La novia ya está en la iglesia!

CAPÍTULO IX

Jim quedó petrificado.

Durante su camino pensó que le podían rodear muchos peligros y le podían suceder muchas cosas extrañas mientras estuviera en Memphis, pero ni por asomo se le había ocurrido lo que estaba sucediendo.

¡Le confundían con el novio!

Aquello era absurdo. Jim volvió la cabeza a un lado y vio que otros dos hombres salían también de la casa.

No podía decirse que estuvieran alegres, pero sí aliviados. Por unos momentos debieron pensar que el novio no llegaría. Uno de aquellos hombres abrazó al joven y le dio un beso en la frente.

—Bien venido, hijo.

Jim sentía que la sangre se le había convertido en gelatina.

—¿Quién es usted?

—Aunque no me conozcas personalmente, suponía que Judith te habría hablado de mí en sus cartas. Yo soy su padre.

—¡Ah, claro!

—Pensábamos que no venías. ¿Es que han tardado en darte el permiso?

—En… en efecto.

—Y a lo mejor te has perdido. ¡Como resulta que nunca habías estado en Memphis!

Jim ya no sabía si tenía los pies en el suelo o en el techo. La habitación daba vueltas en torno suyo.

Al parecer, Judith había conocido a Ted fuera de allí, sin duda en un viaje. Se prometieron, y por causas de la guerra, él tuvo siempre que ir aplazando el viaje a Memphis para conocer a los padres de la muchacha. No era fácil tampoco hacerse un retrato

mientras se combatía con violencia de un lado a otro del país. Y el resultado era que sólo Judith conocía a su prometido. Los demás, no.

—Vamos, vamos…

Le empujaban hacia la iglesia. Todo eran palabras afables y gestos de premura. Jim no sabía ya qué pensar.

Antes de entrar en el templo, que estaba muy bien adornado con flores, el padre de Judith detuvo a Jim. Sus gestos eran graves. Sus facciones, donde flotaba la amargura, parecían haber cambiado.

—Oye, Ted.

—Di… diga…

—¿Estás decidido a casarte con Judith?

—Pues… pues yo…

—¿Llevas tu documento de identidad?

—Por supuesto.

—Legalmente no necesitas más. Se han suprimido muchas formalidades para los matrimonios en lo que ha sido zona de guerra. Pero en conciencia, debo advertirte que, si no quieres casarte, yo no me ofenderé. Estás en tu derecho.

—Ya supongo que eso del matrimonio es libre… Pero ¿qué pasa?

—Ha ocurrido algo.

—¿Qué?

—Repito que eres muy libre de hacer lo que te plazca. Lo notarás sólo al entrar en la iglesia. Si crees que la boda es demasiado sacrificio para ti, puedes retroceder y librarte del compromiso. Yo no me ofenderé, te lo repito. Y ella sabrá hacerse cargo.

Jim pensó que aquello era una salida.

Una salida desesperada, pero al menos podría librarse de aquella situación que jamás había esperado vivir.

En cuanto viese a la novia, retrocedería. Diría que no pensaba casarse y… ¡arreando! ¡A galopar hacia Arkansas!

Hizo un gesto afirmativo y entró.

La iglesia era pequeña y estaba llena de gente. La novia ya aguardaba en el altar, levemente vuelta hacia la puerta. Se oyó un rumor al entrar Jim y ella se volvió del todo.

Las voces susurrantes parecían deslizarse por el templo.

—Es Ted… Ted… Ha llegado… Ha venido al fin…

Pero Jim no oía nada. Sus ojos estaban presos en el rostro de la mujer que aguardaba ante el altar, vestida de novia.

Ella tenía parte de la sien izquierda levemente vendada. Sin duda, había recibido allí una herida poco antes.

Jim sintió que le temblaban las rodillas.

Recordaba perfectamente el disparo que había hecho en Memphis, al huir después de su último atraco. Recordaba perfectamente que quiso alcanzar al *sheriff* y rozó la cabeza de una muchacha.

Era… ¡era ella!

Pero había algo más. Un poderoso cambio. Algo que había motivado las palabras del padre antes de entrar en la iglesia. La bala debió afectar alguno de los órganos cerebrales de Judith y ella… ¡ella estaba ciega!

CAPÍTULO X

Jim sintió que se tambaleaba. Estuvo a punto de gritar. Jamás se había sentido tan niño, tan acobardado como en aquellos momentos.

Sintió una mano en su espalda. Oyó, como si viniera de muy lejos, la voz del padre de Judith.

—¿Qué decides?

Era evidente que ella tampoco podía reconocerle. Que no sabría nunca que él no era Ted.

Incluso la voz de una persona llega a parecemos confusa, a olvidársenos al cabo de un tiempo.

Él no contestó. Avanzó lentamente, como si una fuerza misteriosa le empujase.

Porque había algo especial en aquella mujer, en su rostro tenso, en sus ojos sin vida. Era la más bonita que Jim había visto jamás. La más dulce, la más tentadora, la más deseable.

Era tan hermosa que casi causaba dolor verla y pensar que podía pertenecer a otro.

De pronto se encontró junto a ella. Judith había vuelto la cabeza un poco. Sus ojos no le veían, pero todos sus sentidos captaban la presencia del hombre.

—Ted…

A él le pareció extraña su propia voz espesa y ronca.

—Hola, Judith.

—¿Dónde estás, Ted?

—Aquí, a tu lado.

La voz de la muchacha era apenas un susurro.

—Durante un atraco que hubo en Memphis hace poco recibí un balazo, Ted. Resultó casi milagroso el que no muriera. La herida me

afectó los ojos, pero dicen que puedo recuperar la vista.

—Sí…

—De todos modos, no estás obligado a casarte conmigo. Por favor, déjame si lo crees conveniente. Yo no te lo reprocharé nunca.

Jim seguía sintiendo el mismo temblor en las rodillas. No sabía lo que le ocurría. Pero comprendía que ya no podía volverse atrás.

—Me casaré contigo —balbució.

—Gracias, Ted.

Jamás Jim había visto a una muchacha tan bonita y tan humilde como aquélla. Pero al mismo tiempo le daba la sensación de que llevaba muchos años sin ser feliz. De que tal vez ya nunca volvería a serlo.

Él era quien la había dejado ciega. Y era él quien tenía que compensar aquello como fuese, ayudarla a sobrevivir…

En aquel momento llegó el sacerdote que había de oficiar la ceremonia. En la iglesia se hizo un respetuoso y expectante silencio.

Jim cerró los ojos un momento. Iba a casarse, iba a casarse con una desconocida a la que quizá no sabría hacer feliz, por mucho que lo intentase. ¡Qué extraños vericuetos tenía el destino! ¿Cómo podía imaginar él, una semana antes, que aquello llegaría a suceder?

Abrió los ojos y de pronto sintió que la boca se le secaba instantáneamente.

Su respiración quedó cortada.

No sólo había entrado el sacerdote en la iglesia, sino también alguien más. Alguien cuya presencia le heló la sangre en las venas.

¡Era Johnny Flanagan!

¡El federal que los perseguía a muerte!

Durante algunos segundos, Jim pensó que había llegado su último momento. Johnny Flanagan era de los que no vacilaban ante nada, y era posible incluso que lo balease dentro de la iglesia.

Pero Johnny no se movía. Sus ojos, grises e inexpresivos, estaban clavados en la figura de la mujer.

Diríase que no pensaba, que no sentía nada. Sin embargo, Jim estaba perfectamente seguro de que lo había reconocido.

Johnny Flanagan disparó contra ellos después del atraco de la Union City. Pudo verles bien, y además, él llevaba la misma ropa que entonces.

Estaba bien atrapado.

Pensó que Johnny se mantenía quieto y a la expectativa por respeto al lugar, pero que caería sobre, él en cuanto la ceremonia terminase. Furtivamente, Jim miró hacia la puerta, calculando las posibilidades de huida, y vio que éstas eran nulas.

Una horrible tensión se había apoderado de sus nervios.

No escuchaba siquiera las palabras del sacerdote y contestaba con monosílabos y con simples movimientos de cabeza. Cuando le preguntaron si quería a Judith por esposa, hubieron de repetírselo dos veces.

Y de pronto, se encontró casado.

¡Él, un pistolero reclamado, convertido en el esposo de la mujer a la que había dejado ciega!

Muchas personas a las que no conocía acudieron a felicitarle, pero Johnny Flanagan no se movió. Él permanecía inmutable. Apoyado en una columna de madera del templo, diríase que sólo tenía ojos para la novia.

Cuando las felicitaciones hubieron cesado, el padre de Judith se acercó nuevamente a Jim.

—Ya me he dado cuenta de que no llevabas ni los anillos, Ted. ¡Claro, has tenido que hacer un viaje tan repentino! Por eso los he traído yo. ¿Cuántos días de permiso tienes?

—Pues… Pues… La cosa ha quedado un poco en el aire.

—De todos modos, no podréis hacer viaje de novios. Te ruego que lo comprendas. Estando Judith así… Tenéis, sin embargo, la casa preparada para estar solos en ella. Podéis ir cuando queráis.

—¿La casa? ¿Estar solos?

—Caramba, parece como si te sorprendiera… ¡Sois marido y mujer!

—Sí, sí, por supuesto.

—Te encuentro un poco raro, Ted.

—Ha sido el viaje. ¡Todo me parece tan repentino!

—He hecho preparar un banquete para los invitados, pero dadas las circunstancias, no sé si será conveniente que Judith asista. ¿A ti qué te parece?

—No, nada de comidas… Será mejor que Judith descanse. Debe sentirse también muy emocionada.

—Es natural.

Jim dio el brazo a la muchacha, y los dos salieron del pequeño

templo. Un coche de caballos les aguardaba ante la puerta. Subieron a él y fueron conducidos a la casa adornada con flores que él ya había visto antes.

Cuando Jim cerró la puerta a su espalda, sintió más miedo y más dudas que nunca.

¿Qué debía hacer? ¿Confesar la verdad? ¿O comportarse como un marido normal, procurando que ella no notase nada?

¿Hasta qué punto ella estaba enamorada de Ted?

Jim hubo de hacerse esa pregunta porque Judith no parecía feliz. Porque sus labios, en aquella espantosa soledad que debía rodearla, temblaban con una secreta angustia.

Él susurró:

—Quizá necesitas… estar a solas un momento.

—No me has besado todavía, Ted.

—¿Tú quieres que lo haga?

—Soy tu mujer, y me he casado contigo voluntariamente.

Jim se mordió el labio inferior.

—Creo que todo esto es un poco extraño para los dos, Judith. ¡Hemos estado separados tanto tiempo! Pero yo procuraré hacerte feliz y trataré de hacerte olvidar todo lo pasado. —Con voz que trataba de ser alegre, añadió—: ¿Quieres beber algo?

—No… Solo, si me permites, me quitaré el vestido de novia. Quizá te gustaría quitármelo tú, pero no sé si me comprenderás, Ted. Aún me falta la necesaria confianza.

Él le estrechó la mano con fuerza, con una extraña fuerza.

—Claro que me doy cuenta, Judith. ¿Cómo podría ser de otro modo? Espera, te acompañaré al dormitorio y volveré dentro de diez minutos.

Él dormitorio, que estaba en la parte trasera de la casa, era magnífico y tenía muebles nuevos. Jim, que nunca había poseído un hogar, miró con envidia aquello sin querer pensar que fuera suyo. Luego dejó sola a la muchacha y cerró poco a poco la puerta.

Necesitaba pensar, necesitaba encontrar una solución para todo aquello.

Una de las puertas daba a un patio lateral de la casa de paredes bastante altas. Había en él unas macetas de flores y el ambiente era reconfortante y tranquilo.

Jim dio unos pasos por él. Extrajo un cigarro de uno de sus

bolsillos y se lo puso entre los dientes.

Quizá el tabaco le ayudaría a pensar.

Cuando iba a buscar los fósforos, una voz suave, pero chirriante, preguntó a su espalda:

—¿Quiere fuego?

El pistolero se volvió con la rapidez de una serpiente. Llevó la mano derecha a la funda donde descansaba el revólver reglamentario.

Pero se detuvo al sentir clavada sobre sí la mirada de Johnny Flanagan. Aunque Johnny no empuñaba el revólver y ni siquiera sus dedos rozaban la culata, en sus ojos había una sentencia de muerte. Jim comprendió que el federal siempre sería más rápido que él.

Se sintió otra vez atrapado. Pero intentando aparentar naturalidad, preguntó:

—¿Por dónde has entrado?

—Aunque te sorprenda, yo conozco bien esta casa. Sé el modo de entrar en ella.

—¿Y… y qué quieres?

—En primer lugar, debo decirte que tú no te llamas Ted, que no perteneces al ejército nordista y que todo en ti es más falso que un dólar de plomo. Has engañado a esa pobre muchacha.

Jim no contestó. Todo lo que le había dicho el federal era cierto; no podía negar nada.

—¿Qué más tienes que decirme? —balbució al cabo de unos instantes.

—Que te has casado con esa pobre chica para así poder ocultarte mejor. Has creído que con nombre falso y casado con una muchacha honrada de Memphis nadie podría encontrarte.

—Eso no es cierto. Yo me he casado con ella sin darme cuenta exacta de lo que hacía. Empujado por las circunstancias.

—Eres el cobarde y el bicho más rastrero que he conocido. Tus compañeros tienen, al menos, cierta nobleza. Tú eres el más repugnante, el más asqueroso de todos ellos.

—¡Mientes!

—Sería curioso oírte probar tu inocencia —dijo burlonamente Johnny—. Pero ahora no tengo tiempo que perder. He venido a hacer justicia y la primera condición de la justicia es administrarla pronto y bien.

—¿Has venido a matarme?

—¿Tú qué crees, pichón?

—¿Por qué no lo has hecho en la misma iglesia?

—Porque yo, aunque no soy más que un asesino al servicio del Gobierno, aún siento cierto respeto por los lugares sagrados. No he querido ajustarte las cuentas allí mismo, por esa única y elemental razón. Pero ahora recuperaré el tiempo perdido.

Jim acercó cautelosamente su derecha a la funda del revólver. Se dio cuenta de que Johnny, en cambio, ni siquiera parecía pensar en sus armas.

—¿Por qué no «sacas»? —preguntó Jim, lentamente—. ¿Piensas que no voy a defenderme? La vida será del más rápido.

Johnny movió la cabeza negativamente.

—No voy a matarte con el revólver.

—¿No? ¿Qué piensas hacer?

—Un bicho como tú merece que se le «ablande» con los puños y se le aplaste con las botas.

Jim se dio cuenta de que su enemigo pensaba lo que decía. De que iba a actuar.

Lanzó un gruñido y trató de sacar el revólver, pero no llegó a tiempo. Un puño parecido a un martillo cayó sobre su rostro y le rompió al primer impacto el tabique nasal.

El dolor fue insoportable para Jim. Trató de no gritar para que no le oyese Judith. Dio una vuelta sobre sí mismo y cayó a tierra, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

El revólver reglamentario estaba medio salido de la funda. Johnny lo envió lejos de un puntapié.

—Levántate.

Su voz era seca, cortante. Parecía la voz de un verdugo cuando da las últimas instrucciones al que va a ser ejecutado.

Jim se incorporó. Sentía que el dolor era más fuerte cada vez, y lo peor era que las lágrimas nublaban su vista.

Trató de lanzarse al ataque repentinamente, para cazar a su enemigo por sorpresa, pero no lo logró. Johnny parecía adivinar todos sus pensamientos.

Dos cruzados más, propinados con una fuerza alucinante, le arrancaron las cejas. En ese momento sí que Jim quedó completamente ciego. La sangre empezó a manar, como un doble

manantial, de las heridas y le inundó los párpados.

Tuvo que descargar sus puños al azar, sin darse cuenta de en qué dirección pegaba. Johnny lo esquivó fácilmente, movió el puño derecho con precisión matemática y clavó un terrible upper-cut en la mandíbula del pistolero.

Ésta se rompió. Fue como un cristal que se quiebra antes de saltar hecho pedazos.

El dolor fue completamente insoportable para Jim. Las rodillas se negaron a sostenerle. Tuvo que apoyarse en una de las paredes del patio, mientras gemía roncamente.

Por unos momentos incluso dio lástima a Johnny, a pesar de la repulsión que éste sentía por él.

—Acaba de una vez —susurró Jim—. En tu revólver debes tener seis balas. ¿Por qué no las empleas?

—He dicho que te mataría con los puños… y lo haré. No mereces otra cosa. ¿Es que ni siquiera sabes defenderte?

—No… no puedo.

—Está bien. Acabaré pronto. No creas que voy a perdonarte, a pesar de que ahora finjas ser inofensivo. Un par de golpes en las sienes serán suficientes.

Fue a adelantar sus poderosos puños, pero en ese momento le pareció captar la presencia de alguien a su espalda.

Fue como si pasara por su piel una corriente eléctrica. Se volvió lentamente.

Judith estaba allí. Se había quitado el vestido de novia e iba envuelta en una bata larga hasta los pies. Pero a causa del poco tiempo que llevaba ciega, no se había dado cuenta de que esa bata estaba mal abrochada. La falda se abría en parte, mostrando sus maravillosas piernas. Llevaba una ropa interior muy atrevida, muy francesa, y sus medias oscuras embellecían aún más aquellas piernas tan hermosas como Johnny no recordaba haber visto otras en su maldita vida.

Ella parecía extrañada. El silencio que la envolvía la sobresaltó.

—Ted… —llamó—. ¿Dónde estás, Ted? Te he buscado por toda la casa.

Johnny desvió la mirada. Vio al ensangrentado Jim apoyado en una de las paredes, a punto de caer a tierra. Esperó que él contestase.

Pero el falso Ted hizo una desesperada señal negativa con la cabeza. No quería de ningún modo que ella le encontrase en aquel estado. Johnny tragó saliva penosamente.

La verdad era que no sabía qué hacer.

La voz de la muchacha sonó con acento de alarma.

—¿No estás ahí? Ted, ¿qué ocurre?

El silencio la envolvió.

—Noto que hay alguien. ¡Hay alguien en el patio! ¡Ted! ¿Por qué no contestas?

Avanzó impulsivamente. A pesar de que aún no tenía, ni mucho menos, el instinto de los ciegos veteranos, había adivinado ya que no estaba sola. El ritmo de la respiración de Johnny, un poco alterada, fue para ella suficiente guía.

Johnny no se atrevió a moverse. Ella hubiera notado sus pasos, le hubiese seguido. Una huida en aquellas circunstancias habría sido vergonzosa y ridícula.

Ella le puso las manos en el pecho. Lo palpó.

—Ted…

De pronto, sus dedos parecieron captar la extraordinaria amplitud de aquel pecho, el de un verdadero gigante. Subieron sorprendidos hasta el rostro, que parecía tallado en piedra, hasta la mandíbula cuadrada y los rígidos músculos del cuello.

—Tú… ¡tú no eres Ted!

De pronto, aquellos dedos se estremecieron sobre el rostro de Johnny. Y aquel estremecimiento pareció transmitirse a todo el cuerpo de la mujer.

Ella había comprendido.

—Johnny… —balbució—. ¡Johnny!

El federal miró a Ted de reojo. El pistolero no se movía. Desesperadamente, le hizo una seña para que no dijese que estaba allí, quizá porque aún seguía sin poder dominar la vergüenza de que ella le encontrase en aquel estado. De que se manchara los dedos con su sangre.

Johnny dijo, con un soplo de voz:

—Hacía mucho tiempo que no pronunciabas mi nombre, Judith. Parece como si hubiéramos vuelto a otra época, ¿verdad?

—Johnny, has… has vuelto.

—Demasiado tarde, ¿no?

—¿Te has enterado de que…? ¡Dios santo! ¡Hoy me he casado con Ted!

Él apretó los labios. No tenía fuerzas para contestar. Parecía como si todo su vigor se hubiese desmoronado en unos pocos instantes.

—Lo sé —musitó.

—¿Y cómo has venido aquí? ¿Dónde está él?

—Quizá en algún otro lugar de la casa. No debes haberlo buscado bien.

—Johnny, yo…

—Le has llamado con mucho interés, Judith. ¿Es que acaso le amas?

Ella retiró poco a poco los dedos del rostro del federal. Su cuerpo fue recorrido por un nuevo estremecimiento.

Volvió la espalda y caminó dos pasos. La visión enloquecedora de sus piernas desapareció. Parecía sentir vergüenza de que él la viese mientras hablaba.

—Es terrible que en el mismo día de mi boda tenga que confesar eso, Johnny. —Balbució—. Pero tú sabes que has sido el único amor de mi vida, y yo lo sabré en secreto hasta que llegue mi último momento. El único amor, el más sincero, el que no puede sustituirse con nada. Tú lo has sido todo para mí, Johnny…, y lo has sido siempre. En esta misma ciudad, en este mismo patio, jugamos cuando éramos niños.

Su voz tenía trémolos de angustia. Johnny dirigió la mirada a Jim, sintiéndose un poco avergonzado de aquella situación. Pero Jim no se movía. Había cerrado los ojos y parecía escuchar todo aquello en silencio, con una profunda pena.

—Siempre supimos que terminaríamos casándonos —continuó Judith, mientras se llevaba los dedos al rostro—. Éramos el uno para el otro, y tú sabías que mi vida no era nada si le faltaba el apoyo de la tuya. Pero luego vino la guerra y lo primero que hiciste fue huir al norte para combatir al lado de los que eran nuestros enemigos.

—Yo luché por la causa que consideraba justa —musitó Johnny —. Creí que era mi deber.

—No te lo reprocho. El combatir por lo que uno considera justo es lo que distingue a un verdadero hombre. Incluso viniste a

Memphis varias veces, durante la guerra, arriesgando tu vida a través de las líneas enemigas, sólo para verme.

Johnny sonrió tristemente.

—Eran los buenos tiempos —dijo, con suavidad.

—Y yo me sentía feliz, Johnny. No pedía nada más. Sabía que esto terminaría alguna vez y que podríamos casarnos. Pero una noche, cuando nos vimos en este mismo sitio, me dijiste algo terrible.

—Que había ingresado en los federales. Que, durante mucho tiempo, cuando la guerra terminase, estaríamos sin vernos.

—Sí, Johnny, eso dijiste. Fue un terrible golpe para mí, te lo aseguro. De pronto, todo me pareció distinto. Comprendí que el deber y la aventura eran para ti mucho más importantes que nuestro amor.

—No se trataba de eso. Yo sabía que esto se llenaría de bandidos al terminar la guerra. Quería servir a mi país.

—Todo era más fuerte que tu amor, Johnny. El país, la aventura, la lucha… Pensabas en todo menos en mí.

—Quizá tú no puedas comprenderlo —susurró él—. Hay cosas que son sagradas para un hombre.

—Y otras que son sagradas para una mujer… Pero nada te reprocho, Johnny. Yo te quería como eras y hubiese esperado cien años si tú me hubieras prometido volver. Pero nunca me lo prometiste; antes al contrario, lo único que te importaba era la aventura. La última vez que nos vimos me dijiste, con cierta rudeza, que según a qué zona te destinaran ya no volveríamos a encontrarnos.

—Luego he lamentado eso muchas veces, Judith.

La muchacha se estremeció de nuevo. Las palabras del hombre parecían hacerla volver a otra época, a otros sentimientos que nunca había arrancado de sí, que eran en cierto modo más fuertes cada día.

—Entonces apareció Ted —dijo lentamente—. Ted era uno de los hombres más buenos y sinceros que había conocido. Mi padre lo consideraba mucho mejor que tú. Pese a ser un soldado del ejército hasta entonces enemigo, compartía nuestros sentimientos y se identificaba con nosotros. Yo estaba como loca… Comprendía que nunca podría olvidarte, pero que debería hacerlo si no quería

convertirme en una especie de fantasma que vive sólo de sus recuerdos. Mi cuerpo era joven, mi alma estaba llena de ansias de vida. Te juro que hice un esfuerzo para amar a Ted y para olvidarte a ti. Al principio eso me fue terriblemente difícil, pero luego su bondad y su cariño me fueron consolando poco a poco. Quizá no te he dicho que mi padre conocía a Ted sólo a través de sus cartas y de ciertas referencias que había obtenido, puesto que yo le conocí en un viaje que hice al norte, y desde entonces nos escribimos. Pero sus cartas eran suficientes para que los dos nos comprendiéramos cada vez más y para que mi padre se identificase con sus puntos de vista. Los informes que tenía del muchacho eran excelentes. Nos apremió para que nos casáramos…, y al fin, calculando él el permiso que podrían concederle, fijamos una fecha.

Johnny susurró:

—Comprendo.

—¿Has estado en la iglesia, Johnny?

—Pues… sí.

—Entonces habrás notado que no parecía feliz.

—Ya me he dado cuenta.

—Intentaba serlo, Johnny… Me decía que Ted era el hombre más bueno y más honrado del mundo. Que me amaba y que yo llegaría a amarle a él. Pero, sin embargo, no lograba olvidarte; cada vez te sentía más clavado en mi corazón, y lo que debía haber sido un momento feliz, era el más amargo de mi vida.

Él apretó los labios. No sabía qué contestar. Sentía clavarse muy hondamente en él las palabras de la muchacha. Notaba que su corazón latía de un modo distinto desde que ella había empezado a hablar. Y que sus latidos le hacían daño.

—En la iglesia podías haber impedido que me casara —susurró ella—. Caso de quererme realmente, lo hubieras hecho.

—Judith, tú no te das cuenta…

—¡Podías haberlo hecho! ¡Sabías que yo solamente te quería a ti! ¡Que sólo el oír tu voz hubiera sido como el despertar de un sueño!

—Había circunstancias muy especiales, Judith.

—¿Qué circunstancias?

—No puedo explicártelas ahora. Pero justificaban el que yo me mantuviese a la expectativa.

Ella dijo lentamente:

—Era tu última oportunidad, Johnny. La última también para mí. Ahora ya nada tiene remedio.

Johnny no contestó. Se había clavado las uñas en las palmas de las manos, pero no se daba cuenta. También había apretado los dientes hasta hacerse daño, hasta tener la sensación de que la cabeza le iba a estallar.

Ella se volvió de pronto. No se daba cuenta de que su falda se había abierto del todo. Las piernas, enloquecedoramente bonitas, tenían, además, una picardía que las hacía doblemente excitantes.

—Johnny, yo estoy casada. Voy a entregarme a él.

El federal cerró los ojos. Aquellas piernas maravillosas, aquel cuerpo de diosa… No, aquello no podía ser para un bandido como Jim. Desde el principio había pensado él que no lo sería.

—Quizá no lo sospeches, pero voy a dejarte viuda —musitó, laidamente—. En el fondo nada habrá cambiado.

—Pero ¿qué dices?

—El luto te sentará muy bien, muchacha. Aún te hará más bonita y más esbelta.

—¿Vas a matar a Ted?

—Con todas las de la ley.

Judith ahogó un gemido. Sabía que él nunca hablaba en broma. Repentinamente volvió la espalda y entró en la casa, creyendo que Ted estaba en ella. Se oyeron sus voces llamándolo.

Aunque no lo amara, no deseaba de ningún modo verlo muerto a sus pies.

Cuando ella hubo desaparecido, Johnny volvió la cabeza. Vio a Jim semi apoyado en la pared todavía.

El pistolero había recuperado su revólver. Le apuntaba con él, aunque con mano poco firme. Se había restañado la sangre de los ojos y podía verle ya con cierta claridad.

En las pupilas de Johnny relampagueó una mirada de desprecio.

—Sospechaba que eras un cobarde… —dijo—. ¿Por qué no corres a parapetarte tras la muchacha? Así estarás más seguro.

El revólver se alzó un poco. Los ojos de Jim relampaguearon también.

—No pienso abusar de la situación —farfulló—. Pero tú eres demasiado peligroso para mí, Johnny. No quiero dejarte a mi

espalda y con vida.

—Muy bien. Entonces, ¿por qué no disparas?

—Voy a hacerlo, Johnny. Y si quieres una oportunidad para defenderte, te permito que…

Johnny no le dejó terminar.

Estaba perfectamente tranquilo porque había calculado las distancias. Sabía que su bota derecha podía llegar hasta el revólver de su enemigo, que éste sostenía, además, con mano poco segura.

De repente se movió. La velocidad que Johnny empleó en aquella maniobra fue fulminante. La bota chocó con el revólver, y lo envió por los aires antes de que Jim pudiera apretar el gatillo.

El pistolero no se había repuesto aún de su sorpresa cuando un mazazo en el cráneo le hizo temblar hasta los huesos de los pies. Él era un hombre fuerte y hábil, pero jamás se había enfrentado con un enemigo de aquella categoría. Le parecía increíble que su revólver hubiera podido volar por los aires con tanta facilidad. Y más increíble le pareció aún verse en el suelo antes le tener tiempo para comprender lo sucedido.

Johnny lo alzó por el cuello del uniforme.

—Lo siento, muchacho —susurró—, pero vas a bailar un poco.

Lo arrojó sin esfuerzo aparente por encima de la pared del patio, haciendo que su cuerpo cayese en una zona descampada que él conocía bien.

—Lo siento por Judith —susurró—. Sí, es ella la única que me da pena… Quizá te busque, pero nunca se le ocurrirá pensar que estás nada menos que en Washington.

Él saltó también, sin ningún esfuerzo. Aquel lado de la población daba directamente a los campos y era poco probable que alguien los viese. Vio el maltrecho cuerpo de Jim, que aún hacía desesperados esfuerzos para salir corriendo.

Johnny lo derribó nuevamente, de un puntapié al costado que le cortó la respiración. Luego se lo cargó a hombros y salió con él, alejándose en dirección a un cercano bosque.

Capítulo XI

La verdad fue que Jim hizo el viaje hasta la capital en circunstancias muy poco agradables. Johnny, después de atarlo sólidamente a un árbol del bosque, regresó a la ciudad para adquirir un baúl donde cupiera un hombre. Volvió con él, ató y amordazó a Jim, lo introdujo de modo que no pudiera ni moverse, y cargó el paquete sobre su espalda.

El cerrado baúl pesaba como una maldición, pero Johnny lo llevaba sin esfuerzo aparente.

Estaba acostumbrado a llevar cargas peores. Durante meses, para entrenarse, había cargado novillos.

Fue a la estación, donde el tren correo se disponía a partir. Había varios vagones dedicados a la carga de ganado, y otros a equipajes y correspondencia. Sólo dos vagones de pasajeros estaban enganchados al final del convoy.

Johnny puso el baúl en la zona de carga.

—Quiero facturarlo.

—¿Adónde?

—A Washington.

—Tendrá que hacer un transbordo.

—No importa; yo me ocuparé de sacar el baúl y trasladarlo de tren.

—De acuerdo. Pagará al final, amigo.

El empleado pegó en la tapa del baúl una etiqueta que decía: «Washington», y arreó con él hasta el fondo del vagón. Johnny se preguntó si su prisionero no moriría asfixiado.

—Le apuesto a que hago tres impactos a la altura de la tapa en menos de dos segundos —dijo al empleado.

—No es posible…

—Claro que sí. ¿Va un dólar?

—Va.

Johnny extrajo el revólver con un movimiento centelleante y disparó a una velocidad de vértigo. Tres orificios se dibujaron a la altura de la tapa, donde sabía que no estaba el cuerpo del prisionero. Por ellos se renovaría el aire al menos lo suficiente para que Jim no muriese.

—Tu noche de bodas no será muy divertida… —dijo en voz baja —. Pero ¿qué voy a hacerle yo?

El empleado le tendió un dólar.

—Lo ha conseguido, amigo. Nunca he visto a nadie disparar con esa velocidad.

—Yo tampoco —dijo Johnny—. Si su reloj fuese bueno, habría notado que he tardado más tiempo. Pero un dólar es un dólar, amigo. Me beberé a su salud una copa. Abur.

Saludó al empleado y se dirigió a uno de los vagones de pasajeros, donde ocupó un asiento junto a la ventanilla y no tardó en quedar dormido tranquilamente.

El viaje hasta Washington fue largo y tedioso. Hubieron de pasar horas muertas en sórdidas estaciones de la ruta, medio destruidas por la guerra. Cuando al fin llegaron a la capital, Johnny estaba rendido.

Imaginó cómo estaría su prisionero.

Sacó el baúl, pagó el importe y alquiló una carreta con un caballo para llevarlo hasta un hotel. Eligió intencionadamente un lugar modesto y situado en las fueras. A pesar de haber llegado de noche, no quería ser visto de aquella manera por las calles de una ciudad que empezaba a ser elegante.

Una vez en su habitación, pidió que le preparasen una bañera. Se bañó y se afeitó tranquilamente, sin prisas. Cuando se había vestido, pidió al empleado que le preparasen otra.

—¿Es que… va a bañarse otra vez, señor?

—Yo siempre me baño dos veces.

—¿De… de veras?

—Sí. Preparen otra bañera y tráigame la cena más suculenta que tenga.

—¿Va a bañarse otra vez después de cenar?

—Claro que sí, muchacho… Y le aconsejo que usted lo haga

también. Es una costumbre india… Haciendo eso, le crecerá la cabellera otra vez, aunque se la hayan arrancado.

El otro miró a Johnny como si tuviera delante a un loco, pero obedeció, y momentos después, dos empleados traían una bañera limpia y empezaban a llenarla de agua tibia. El primer empleado llegó casi inmediatamente con una bandeja donde había una suculenta cena. Johnny la devoró en un santiamén.

Cuando estuvo solo en la habitación, abrió el baúl.

Jim se había desmayado.

Diríase que en su cuerpo no quedaba más que un pálpito de vida. El viaje debía haber sido infernal para él, y quizá otro hombre menos fuerte no lo hubiera resistido. Johnny lo sacó del baúl, lo tendió en la cama y lo desnudó de sus sucias ropas, sin que el otro recobrase el sentido.

Lo recobró al encontrarse de pronto en la bañera, rodeado de agua tibia por todas partes.

Miró a Johnny como si éste fuese un aparecido.

—¿Dónde… dónde estoy?

—En Washington.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Si te he de decir la verdad, has llegado medio muerto. ¿Perdiste el sentido cuando te metí en el baúl?

—Creo que sí.

—Pues fue una suerte. Hala, báñate, muchacho Quiero que estés bien decentito cuando te presente ante mis superiores. Y aféitate también; ahí tienes jabón y una navaja.

Jim, más sorprendido cada vez, hizo lo que le ordenaban. De un modo confuso se daba cuenta de que estaba perdido, de que ya no tenía escape posible. Le interrogarían y él tendría que contarlo todo. Pero se prometió cien veces, apretando los labios, que no le sacarían una sola palabra comprometedora para sus amigos.

Además, el jefe le ayudaría.

Él no sabía quién era, pero indudablemente intervendría en cuanto supiese que un miembro de su banda estaba en peligro.

La vista se le nublaba y apenas podía sostener la navaja, pero al fin logró bañarse y afeitarse… Cuando salía de la bañera, Johnny le tendió una toalla.

—Ahí tienes ropa limpia. La compré en una de las estaciones de

parada, calculando más o menos tus medidas. Ponte guapo porque vas a necesitarlo.

—Apenas puedo creer que esté en Washington.

—Pues lo estás, amigo. Y lo que va a ocurrir aquí será muy divertido. Pasa detrás de esa puerta para vestirte. No quiero que te vean.

Llamó al empleado otra vez. Éste apareció asomando tímidamente la cabeza por el hueco de la puerta.

—No me dirá que quiere bañarse otra vez, señor…

—No. Sólo quiero cenar.

—¡Pero si ya ha cenado!

—Tú tráeme lo mejor que tengas y no te preocupes. Es otro remedio indio, ¿sabes? Hay que cenar dos veces si uno quiere soñar en chicas bonitas de esas que enseñan las piernas.

—Me permito decirle una cosa, señor: En este hotel no admitimos animales ni locos.

Johnny lo sujetó por la camisa y lo levantó sin esfuerzo, mientras el otro, aterrorizado, pataleaba en el aire.

—Tráeme lo mejor que tengas antes de que se me ocurra pedirte a la suegra del dueño asada y con patatas. ¡Hala! ¡Arreando!

—Sí… sí, señor… En seguida, señor…

Trajo una cena aún mejor que la primera. Johnny se la señaló a Jim, que acababa de aparecer, ya completamente vestido, detrás de la puerta.

—Necesitas comer algo. Llevas tres días sin probar bocado.

—¿Por qué te preocupas de mí? ¿No vais a liquidarme de todos modos?

—Lo que yo haré será entregarte a mis jefes para que te interroguen. Lo que suceda después no es cuenta mía. Pero quiero entregarles un hombre vivo, no un cadáver.

Jim asintió débilmente. Estaba tan débil que no podía ni comer. Tardó dos horas en engullir todo aquello, y luego le entró un sueño invencible.

Podía haber muerto, caso de comer demasiado.

Johnny ató a su prisionero a los pies de la cama, se puso el sombrero y salió, cerrando con llave la habitación. Quería hablar con sus jefes aquella misma noche.

Cuando regresó, dos horas más tarde, no había conseguido gran

cosa. En Washington los federales vivían mucho mejor que en los peligrosos territorios del Oeste A aquella hora nadie estaba en sus oficinas, y los empleados de guardia se limitaron a aconsejarle que volviese al día siguiente.

No era buen humor precisamente lo que tenía Johnny cuando regresó al hotel.

Les traía un prisionero y se lo servía en bandeja para que pudieran desarticular una de las bandas mejor organizadas que actuaban en el Sur. Pero nadie tenía prisa. «Vuelva mañana…». ¿Era ése el modo que tenían de trabajar en Washington? En fin, esperaría. ¿Qué iba a hacer?

Al entrar en su habitación, constató que Jim seguía durmiendo tranquilamente. Parecía mucho más recuperado.

Johnny se volvió de espaldas y empezó a desabrocharse la camisa. Daba por descontado que su enemigo, además de estar atado, se sentiría demasiado débil para intentar algo.

Pero no contaba con las energías que a veces da la desesperación. Ni había tenido en cuenta que Jim era muy joven y muy fuerte… y de que había tenido dos horas para tratar de deshacer los nudos que le sujetaban a los barrotes.

Demasiado tarde se dio cuenta Johnny de que las cosas habían cambiado cuando oyó aquella especie de rumor a su espalda. Fue a volverse y en ese momento un pesado candelabro se aplastó contra su nuca. Jim que había fingido estar dormido y continuar sujeto, se había puesto en pie con inusitado vigor. Otra vez el candelabro cayó sobre la cabeza del federal, que exhaló un débil gemido.

Jim dio un tercer golpe, con todas sus fuerzas, hasta tener la sensación de que acababa de matar a su enemigo.

CAPÍTULO XII

No conocía Washington.

Le parecía estar en una ciudad extraña y llena de peligros, donde volverían a capturarle si no era muy astuto. Por eso, a pesar de que había robado el dinero a Johnny y podía pagarse un hotel, Jim no pensó ni por un momento en hacerlo.

Tampoco pensó tomar un tren, porque al recobrar el sentido, Johnny haría en seguida que lo vigilasen. No… Lo que él debía hacer era ocultarse durante un par de días en algún lugar donde no pudieran encontrarle. Luego vería qué era lo más conveniente.

Deambulaba sin rumbo fijo, amparado en las sombras de la noche, cuando vio un edificio sombrío y, sin embargo, elegante, rodeado de un espeso jardín, en cuya puerta podía leerse: «Clínica Mental del Doctor Linnen».

Jim se estremeció, mientras se detenía. Quizá, sin proponérselo, había encontrado el escondite ideal, el sitio donde nadie le buscaría. Llevaba dinero y podía convencer al doctor Linnen, fuese quien fuere, de que se sentía enfermo de los nervios. El otro no se negaría, mientras pagase, a tenerle unos días encerrado y en observación. Luego él saldría tranquilamente de allí cuando le conviniese.

Apretó los puños.

¡Demonios, era una idea estupenda!

Tiró de un cordón y la campanilla que había en su extremo resonó lúgubremente en la noche. Un hombre armado con un rifle apareció poco después.

«Aquí debe haber algún loco peligroso —pensó Jim—. Mejor… Menos curioseará la gente».

—¿Qué quiere? —preguntó el guardián—. ¿Quién es usted?

—No me siento bien. Quiero ver al doctor Linnen.

—No es hora de visita.

—Usted no me comprende… Creo… ¡Creo que voy a cometer un crimen! ¡Necesito que me ayuden! ¡Hágalo antes de que sea demasiado tarde!

Su acento fue tan patético y su principio de locura estuvo tan bien simulado, que el guardián decidió dejarle entrar. El doctor Linnen vivía allí, y ellos tenían órdenes de no rechazar a ningún cliente, si tenía aspecto respetable. Y éste iba bien vestido.

—¿Tiene dinero?

—Claro que sí… ¡Todo el dinero que quiera!… ¡Mire! ¡Mire!

Enseñaba el fajo de billetes que acababa de robar a Johnny. El otro terminó abriendo.

—Pase —dijo—. Avisaré al doctor Linnen.

CAPÍTULO XIII

Cuando Johnny recobró el sentido, tuvo la sensación de que acababa de pasar por encima de su cuerpo una manada entera de bisontes. Los golpes recibidos habían sido terribles, y la cabeza aún parecía bailarle sobre los hombros. Verdaderamente, era muy posible que otro hombre no hubiera podido seguir vivo después de aquellos terribles impactos.

Se enderezó un poco y apoyó la cabeza en la pared más próxima.

—Brrrr…

De pronto, sus ojos se abrieron como si un resorte los hubiera movido por dentro.

¿Estaba soñando? ¿Era aquello lo que uno veía cuando llegaba al Más Allá?

Unas piernas maravillosas estaban cruzadas ante sus ojos. Quizá su dueña no se daba cuenta de la posición de su falda, porque ésta era muy atrevida. Más arriba había un busto firme y juvenil. Y más arriba aún, un rostro perfecto… y unos ojos sin vida.

Johnny balbució:

—¡Judith!

Apenas podía creerlo. La sensación de estar viviendo un sueño se acentuó en él.

—Judith no está sola —dijo una voz al otro lado de la habitación.

Johnny volvió entonces la cabeza y distinguió al padre de la muchacha. Lo conocía muy bien, y siendo un niño había estado muchas veces en su casa. Luego llegó un momento en que le pidió la mano de Judith. ¡Pero había pasado tanto tiempo!

Parecía como si recordara sucesos de otro mundo.

—¿Cómo es posible? —balbució—. ¿Quién les ha dicho que yo venía a la capital?

—Muy sencillo. Cuando Judith no encontró a su marido en la casa, me pidió ayuda. Al saber que tú habías estado hablando con ella, imaginé que lo habrías raptado…, sobre todo cuando en la estación me informaron de que habías facturado un gran baúl con dirección a Washington. Todo este sistema era muy propio de ti, Johnny Flanagan.

Johnny jadeó:

—Sí, ya veo que no era tan difícil seguirme.

—Tuvimos suerte y pudimos viajar en otro tren muy poco después —siguió el padre de Judith—. Una vez en Washington, no resultó tampoco demasiado complicado seguir la pista a un tipo gigantesco que llevaba un baúl a cuestas. Aunque no te guste, eres inconfundible, Johnny.

—Sí… Inconfundible. Pero más valdría que me confundieran de vez en cuando. Sobre todo, al atizarme.

—¿Qué has hecho de Ted? —susurró la muchacha, despegando los labios por primera vez.

—Judith, cuando estábamos en tu casa dejé de explicarte algo.

—¿Qué?

—Aquel hombre no era Ted.

—Mientes. Reconocí su voz.

—No pudiste reconocer la voz de un hombre a quien no oías hace meses. Y recuerda que no le palpaste la cara.

Ella se llevó las manos a los ojos. De repente, lanzó un débil gemido.

—No puede ser… ¡Es demasiado horrible!

—La historia es larga, muchacha.

—¿Qué ha sido de Ted?

—Yo pienso que murió. Ese hombre usurpó su personalidad. En el uniforme llevaba una carta del verdadero Ted. Por ella debió enterarse del día y lugar de la boda.

—No… ¡No es posible!

—Es la realidad. La carta la tengo aquí. Y se produjo, además, la desdichada casualidad de que ese hombre era un forajido, Judith. Yo estaba obligado a perseguirle.

—¡Mientes!

—Desgraciadamente no, muchacha. Y te aseguro que, por una vez, me gustaría poder mentir.

Ella se retorcía los dedos nerviosamente. Al no ver se sentía más aislada, más sola. Johnny la conocía muy bien y se dio cuenta de que ella había terminado por creerle. Quizá por eso estaba al borde de sufrir un ataque de nervios.

—¿Sólo por eso has venido a Washington, Judith?

—La situación lo justificaba, ¿no?

—Te conozco bien, muchacha. Y creo que sólo por eso no hubieras venido.

—¿Qué quieres decir?

—Hay algo más.

Ella volvió la cabeza de pronto. Con voz ronca, musitó:

—Papá, ¿puedes dejarnos solos un momento?

—Bien. ¿Dónde quieres que te aguarde?

—En el pasillo. Son sólo cinco minutos. Por favor.

El hombre asintió débilmente. Dirigió al federal una mirada cargada de reproches.

—No sé lo que tenéis que hablar, Johnny, pero no la atormentes más. No la hagas sufrir más aún.

—Usted no me creerá, pero al hacer lo que hice sólo intentaba ahorrarle penas.

—Ojalá pudiera tener fe en ti.

Cerró la puerta a su espalda. Johnny oyó entonces las mismas palabras.

—Ojalá pudiera tener fe en ti.

Creyó que era algo parecido a un inexplicable eco. Se sorprendió al darse cuenta de que las había pronunciado la muchacha.

—¿Qué ocurre, Judith?

—Yo creí siempre que sólo te habías distanciado de mí porque te gusta la vida aventurera, Johnny. Que era eso lo único que nos había separado.

—Y lo era.

—Mientes, Johnny.

—¿Qué dices?

—Hubo otra mujer.

—Estás confundida. Yo pienso que…

—La hubo. Aquí, en Washington.

Johnny cerró los ojos un momento. Las heridas de la cabeza cesaron de dolerle. Ahora le dolía algo más profundo, más lacerante.

—No hablaría de esto si no te quisiera aún, Johnny —susurró ella—. Si no te quisiera desesperadamente…, a pesar de ser una mujer casada.

—¿Y has pensado averiguar la verdad?

—Aunque sea una verdad dolorosa, amarga, quiero saberla.

—¿Quién te ha hablado… de eso?

—Un amigo de mi padre. Había sabido cosas de ti casualmente. Guardó siempre silencio, pero creyó que no me hacía ningún daño contándomelo todo, una vez yo me había casado con otro hombre.

—¿Qué te dijo?

—Que te habías prometido a otra mujer.

Johnny guardó silencio. Sus labios se curvaron un momento, en una mueca amarga que ella no pudo ver.

—Es cierto, Judith —susurró después.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Hiciste eso sin decirme al menos que ya no me querías, Johnny?

—Era un caso especial, muy especial —murmuró él—. Esa muchacha había sido espía a favor del Norte, en el momento más peligroso de la guerra. Un grupo sudista la capturó y la sometió a tortura para que hablase. Durante un año fue de cárcel en cárcel, sufriendo constantes interrogatorios y vejaciones, sin decir una palabra de más y sin delatar a un compañero. Su entereza fue tan enorme que causó la admiración de sus propios enemigos, pero el cerebro de aquella muchacha, sometido a una horrible tensión, no pudo soportarlo todo. Cuando una patrulla la liberó, no era más que una pobre loca.

Judith cerró un momento, maquinalmente, sus ojos que no podían ver.

—Esa patrulla…, ¿la mandabas tú?

—Sí.

—¿Y había motivos para que me olvidases sin decirme al menos que ya no me querías?

—Como mujer no sé si llegarás a comprenderlo, Judith, pero como hombre me sentí obligado. Aunque esa mujer era una heroína, estaba sola como un pobre perro abandonado. Todos le

hablaban de medallas y nadie le hablaba de cariño. Después de un año de sufrir, lo único que pedía era un poco de afecto y nadie se lo daba. El camino para su curación estaba en un poco de cariño y en nada más, pero nadie comprendía eso. Sólo yo me di cuenta. Le prometí que me casaría con ella, le hablé de una vida mejor.

—¿Mentiste?

Johnny denegó lentamente, con un gesto lleno de pesadumbre.

—No, no mentía del todo. Me hubiera casado con ella de ser necesario. Lo hubiera hecho sólo porque ella tenía derecho a ser feliz. Pero me sentía avergonzado de mí mismo ante lo que parecía un doble juego, y por eso dejé de escribirte.

—¿Qué ha ocurrido con esa mujer?

—Murió. Su salud estaba muy quebrantada ya. Me avisaron para que fuese a Washington muy urgentemente y ya la encontré muerta.

—¿Dónde murió?

—En la clínica mental más distinguida de la ciudad. Se llama Clínica del doctor Linnen.

Judith entrelazó sus dedos con fuerza.

—Comprendo que no tenía derecho a preguntarte todo esto, Johnny. Ningún derecho. No sé si llegarás a perdonarme.

—No pienses en ello, muchacha.

—Hay miles de cosas que quisiera explicarte… —dijo ella, con voz tenue—. Miles de cosas que quizá no tengan sentido, pero que han llenado mi vida durante estos años. Tu silencio, tu ausencia, tu olvido… Y mi desesperación, Johnny. Hubo un momento en que llegaste a ser como alguien que no existía. Pero ahora que oigo tu voz, comprendo que jamás debí ceder. Que debí haberte esperado, aunque fuera inútilmente…, aunque te hubieras casado con otra.

Seguía retorciendo sus dedos con desesperación. Desde sus ojos; a pesar de que pugnaba por evitarlo, resbalaban dos lágrimas.

—La vida puede volver a empezar —dijo él, suavemente—. Quizá nuestros errores, nuestras angustias y nuestra separación hayan llegado a crear un cariño más fuerte entre los dos, Judith. Nada se ha perdido. Yo cumplí lo que creía un deber, y en cuanto a ti, sigues siendo una mujer libre. Ted murió, y tú no estás casada con nadie. Nunca será válido un matrimonio contraído por error con un granuja llamado Jim, quien empleó un nombre falso.

Ella seguía retorciendo sus dedos. Todo aquello debía parecerle

como un sueño del que no acababa de despertar. ¡Todo había sido tan rápido, tan confuso! Al fin balbució:

—¿Qué vas a hacer, Johnny?

—Tengo mucho trabajo.

—¿Quizá capturar a ese hombre?

Él emitió un gruñido que a nada comprometía. Se había dado cuenta ya de que Jim le había robado todo su dinero, lo cual haría más difícil el capturarle. Pero prefirió cambiar de conversación.

—Ya que estás en Washington, puedes hacer algo que te conviene mucho, Judith. Aquí hay excelentes especialistas que pueden curar tu ceguera. ¿Por qué no te hospedas en este mismo hotel y mañana haces unas cuantas visitas con tu padre?

Ella musitó:

—Me siento avergonzada, Johnny. Por todo lo que ha sucedido entre los dos. Porque me parece que en adelante ya las cosas tendrán que ser irremediablemente distintas.

—Te he dicho antes que la vida siempre vuelve a empezar —susurró él—. Ten confianza en eso.

Salió de la habitación sin hacer ruido, confiando en que ella no lo notase. Pero Judith estaba con todos los sentidos en tensión y supo que la dejaban sola. No dijo, sin embargo, ni una palabra.

Al cabo de unos instantes entró su padre.

—¿Se ha ido Johnny? —susurró.

—Sí. Me ha aconsejado que nos quedemos aquí y que te haga examinar por algunos especialistas. Creo que tiene razón. Voy a pedir que nos den dos habitaciones en este mismo hotel.

Ella seguía retorciéndose los dedos angustiosamente. Su padre lo notó.

—¿Qué te pasa, Judith?

—Nada.

—Algo grave te ocurre. Te conozco demasiado bien. ¿Qué es lo que piensas?

—Johnny me ha hablado hace poco de una mujer que murió.

—¿Y qué?

—Necesito estar segura.

—Por Dios… ¿En qué te estás torturando ahora?

—Sólo quiero saber si efectivamente Johnny me ha dicho la verdad. Quizá no quiere atormentarme, y por eso me ha mentido.

Necesito saber si ha sido sincero.

—No necesitarías eso si no le quisieras con toda tu alma —dijo roncamente el hombre.

—No, no lo necesitaría.

—¿Qué es lo que quieres hacer? ¿Cómo puedes saber si él ha dicho la verdad?

—Mañana iremos a la clínica de un hombre llamado Linnen —dijo ella, suavemente—. Será sólo un momento. No te molestará, ¿verdad?

—Por Dios —susurró él—. ¿Cómo ha de molestarme? Mañana iremos allí, no tengas ninguna duda.

CAPÍTULO XIV

Conrad fue el primero en llegar al hotel Arkansas en Little Rock. Bueno, al menos eso pensó él.

Había un hombre que ya estaba allí. Era el joven Charles, el antiguo cornetín de órdenes del escuadrón de Caballería de Conrad.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—¿Cómo has venido tan pronto, Charles?

—La verdad es que no sabía dónde ir.

—Sigues siendo un chiquillo. ¿Qué hay de los otros?

—De Jim y de Larsen no sé nada. Pero sospecho que no tardarán en llegar. Tantos años haciendo la guerra juntos, se notan. Luego uno no sabe estar solo.

—¿Tienes habitación?

—Sí, y por cierto hay dos camas. Si quieres puedes alojarte conmigo.

Conrad aceptó. Mientras se afeitaba en su nuevo alojamiento, preguntó a Charles:

—¿Has observado algo extraño? ¿Crees que hay algún peligro?

—Yo pienso que no.

—¿Y Johnny Flanagan?

—No le he visto. Se ha perdido su rastro.

—Lo que hace falta es que él haya perdido el nuestro. Oye, Charles…

—¿Qué, capitán?

—No me llames capitán, diablos… Todo aquello ya terminó. Quería decirte que estos días he tenido tiempo para pensar. He estado meditando sobre nuestras vidas y me he preguntado más de una vez si no estaremos haciendo el idiota.

—¿En qué sentido? ¿Piensas que la causa del Sur está muerta?

—No, no es eso. Yo siempre he procurado ser un hombre ecuánime y me he dado cuenta de que en muchos aspectos no teníamos razón, aunque no por eso dejo de ser fiel a mi bandera. Lo que se me ha ocurrido pensar es que no sabemos lo que se hará con el dinero que hemos ido ocultando junto a las boyas, y del cual sólo nos hemos reservado una pequeña parte para ir viviendo.

—Comprarán armas en México. Eso fue lo que nos dijeron.

—¿Quién nos lo dijo?

—El general Hudson; usted mismo nos lo explicó al formar el grupo.

—Y era verdad, pero luego me he dado cuenta de una cosa. El general Hudson no me habló personalmente de su plan. Me escribió una carta, eso sí, diciendo que había leído mi expediente, que me consideraba el mejor capitán de la Caballería del Sur y que me pedía, como último acto de servicio a la causa, el que formara un pequeño grupo para reunir fondos con los cuales comprar armas. Me indicaba meticulosamente cómo debía ocultar esos fondos.

Charles rió quedamente.

—Bueno, eso fue lo que nos explicaste. ¿Y qué?

—Se me ha ocurrido dudar luego de que esa carta fuera escrita realmente por el general Hudson.

—¡Qué tontería! ¿Por qué?

—En aquel momento yo sólo ansiaba seguir luchando y no aceptar la derrota. Me bastó ver en el papel el membrete del Estado Mayor para creer todo lo que allí decía. Pero ¿y si no lo escribió él?

—¿Qué quieres decir?

—Pudo haber alguien que tuviera acceso a los archivos y que se hiciese con papeles timbrados del ejército sudista. Alguien que ideara un ingenioso plan, valiéndose de nuestro amor a la bandera.

—¡No tienes derecho a pensar eso!

—Sí que tengo derecho, porque he conocido un detalle. El general Hudson murió hace poco en un campo de prisioneros nordista.

Charles quedó con la boca abierta, y de pronto le pareció que su jefe podía tener razón. Pero aún se negó a admitirlo.

—El general Hudson no estaba solo en este trabajo —gruñó—. Debía haber por fuerza una organización detrás de él. Muerto o vivo el general, esa organización subsiste.

—Puede que no te falte razón.

—Reconozco, sin embargo, que hay cosas que a mí también me han hecho pensar —musitó Charles—. Por ejemplo, la persona a la cual avisamos siempre que se produce un golpe. ¿Cómo se comprende eso? ¿Qué tiene que ver en este asunto el presidente de Estados Unidos? ¡Él no deja de ser un enemigo nuestro!

—Siempre pusiste los telegramas con ese nombre, ¿verdad?

—Siempre.

—Yo llegué a sospechar que alguna vez no lo hubieras hecho. Llegué a temer, incluso, que a última hora te hubieran captado los federales. Perdona si te ofendí con mis dudas.

—No tiene importancia. Nunca lo tomé en serio. Pero ¿qué dices de lo que yo he pensado? ¿Cómo se comprende que el propio presidente del país reciba nuestros mensajes?

Conrad se acarició la mandíbula.

—He dado cien veces vueltas a eso. Tiene que haber alguna combinación.

—Es evidente que los telegramas llegan a Washington, a la residencia oficial del presidente. ¿Qué ocurre entonces allí? ¿Cómo te explicas tú eso?

—¡Diablo, no lo sé! ¿Crees que no he dado cien vueltas al asunto? ¡Todo es inexplicable, pero tiene que haber una solución! ¡Las instrucciones del general Hudson eran bien claras!

Charles encendió un cigarro. Quería hacerse el hombre, pero en seguida se puso a toser.

—Por cierto, y ya que hablamos de telegramas —murmuró—, me parece que convendría advertir que estamos aquí. Pueden ocurrir muchas cosas, e interesa que el jefe, sea quien sea, conozca nuestro paradero.

—Tienes razón —reconoció Conrad—. ¿Hay aquí oficina de Telégrafos?

—Por supuesto.

—Entonces vamos allá.

Los dos hombres salieron. No guardaban muchas precauciones ni trataban de ocultarse, porque estaban seguros de que en Arkansas nadie los perseguiría. Por otra parte, era tan enorme el desbarajuste en los meses siguientes al final de la guerra civil y había tantas personas desplazadas por todas partes, que nadie preguntaba a

nadie.

Llegaron a la oficina del telégrafo y Charles dijo tranquilamente, sin dar importancia a la cosa:

—Queremos poner un telegrama al señor presidente de Estados Unidos…

* * *

El funcionario puso temerosamente el papelito doblado encima de la mesa del secretario Kenton.

—Acaba de llegar este telegrama, señor. Es para el señor presidente.

—A ver.

Kenton lo desdobló y leyó su contenido:

«Estamos en el hotel Arkansas, Little Rock».

Una suave sonrisa asomó a su rostro.

En aquel momento la puerta que estaba enfrente de su mesa se abrió. El propio presidente apareció en el umbral.

Kenton tuvo un respingo.

No era normal que el propio presidente apareciera por sus oficinas privadas. Tenía tanto trabajo que apenas se movía nunca de su despacho. Kenton sintió que su mano temblaba.

Pero el presidente parecía estar de muy buen humor. Sonreía.

—¿Todo va bien, Kenton? Hacía mucho tiempo que yo no aparecía por esta oficina. Tengo tanto trabajo que no me quedan ni unos minutos para charlar con mis colaboradores, y eso siempre es malo. ¿Sigue habiendo tanta correspondencia?

—Muchísima, excelencia, muchísima.

—Usted páseme, sólo lo más indispensable. Desgraciadamente no tengo tiempo para leer todas las cartas que se me dirigen, aunque me gustaría que me hiciera un breve resumen de las mismas. Los telegramas sí que quiero leerlos, ¿eh? Los telegramas me los pasa todos.

Kenton sintió como si le quemase el papel que intentaba ocultar desesperadamente con la mano derecha. El presidente notó que su actitud era un poco extraña.

—¿No es eso un telegrama, Kenton?

—Sí, sí, excelencia…

—Está bien. ¿A qué espera para dármelo?

Kenton sintió que se atragantaba.

—Es un telegrama privado, excelencia. Para mí.

—Ah, perdone… Bien, Kenton, buenas tardes.

El presidente desapareció. Kenton sintió que tenía la boca seca. Notó clavada en él la mirada acusadora del oficial que le había dado el telegrama, minutos antes.

—¿Por qué ha mentido, señor Kenton?

—¿Qué dice?

—Ese telegrama no era privado. Iba dirigido al señor presidente. Yo lo he visto.

—Y yo sé muy bien lo que tengo que pasar al señor presidente y lo que no tengo que pasarle… —dijo Kenton, fríamente—. Tengo consignas que usted no conoce y sobre las cuales no he de darle explicación alguna. Mucho cuidadito con decir una sola palabra sobre esto. Y ahora discúlpeme, porque he de hacer una gestión importante. Estaré fuera quince minutos.

Kenton se levantó muy dignamente y salió de la habitación, aparentando estar pensando ya en otra cosa.

Pero aún tenía la boca espantosamente seca.

El doctor Linnen estaba examinando a aquel extraño individuo que decía estar loco o faltarle poco para estarlo. Eso le inquietaba mucho, porque normalmente los que están locos son los que nunca lo dicen. Podía tratarse de un simulador, aunque, ¿con qué objeto?

Linnen ya le había examinado en cuanto a sus reflejos, y observaba ahora con atención la dilatación de sus pupilas.

—Si quiere permanecer unos días en observación le va a costar caro, amigo —susurró—. Ésta es la clínica privada más elegante de Washington. ¡Ah! Y no podrá salir momentáneamente de su habitación. El régimen es aquí muy severo.

—Me hago cargo, doctor. No se preocupe por el dinero ni por la disciplina. Lo que yo quiero es ponerme bien. Estoy asustado ante las cosas que pienso.

—Su caso es un tanto especial —dijo Linnen—, y por esto prefiero observarle con calma. Yo creo que…

En aquel momento la puerta del consultorio se abrió. Un

ordenanza, apareció en el umbral.

—Doctor Linnen, una señorita espera en la antesala.

—¿Por qué me dice eso ahora? ¿No les tengo advertido que no me molesten?

—Es que dice que sólo quiere hacer una pregunta, doctor. Y… me ha dado lástima. Se trata de una muchacha ciega.

Jim sintió que todos sus músculos se tensaban. Estuvo a punto de dar un brinco, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para que el médico no advirtiese nada.

Linnen susurró:

—Dígale que me disculpe unos minutos, puesto que ahora tengo un caso delicado entre manos. La atenderé en cuanto pueda.

—Bien, doctor.

Apenas aquella puerta se hubo cerrado cuando se abrió otra, que estaba enfrente. Linnen lanzó un gruñido.

—¿Es que no van a dejarme en paz?

De pronto su rostro cambió, al ver al hombre de aspecto imponente, magníficamente vestido, que acababa de entrar a través de las dependencias privadas. Aquel hombre sonreía, y Linnen hizo un esfuerzo para sonreír también.

—Hola, Kenton —dijo.

—Hola, Linnen. He venido porque… Mire, lo siento, pero he de decirle una cosa.

—Dígala. Supongo que no se tratará de ningún secreto.

—No, no lo es, puesto que todo el mundo sabe que usted se dedica a curar locos. Pero hasta ahora yo he llevado este asunto con la mayor discreción y… ya no puedo hacerlo más. Por gratitud a usted, que salvó a mi hija de una grave enfermedad mental, he estado respetando las manías de ese loco que usted tiene encerrado, pero ahora ya no puedo hacerlo más.

Sacó un telegrama doblado de uno de sus bolsillos.

—Me refiero a ese demente que cree ser el presidente de Estados Unidos —dijo—. Usted me advirtió que un familiar del enfermo enviaría de vez en cuando telegramas con ese nombre, y que tenía mucho interés en que fueran recibidos porque eso aceleraría la curación del paciente. Yo se los he entregado todos a usted hasta ahora, pero me temo que no podré hacerlo más. Hoy mismo he estado a punto de tener que dar explicaciones al propio presidente.

Los empleados de mi oficina no entienden mi actitud. En fin, le ruego que me disculpe si de ahora en adelante destruyo, todos los que lleguen.

Linnen tragó saliva.

—No se preocupe más por eso, Kenton. El asunto está ya liquidado.

—¿Dónde tiene a ese enfermo? ¿Quiere que se lo lleve yo mismo?

—Está en la habitación doce, pero… No, no haga nada. Yo le llevaré el telegrama como de costumbre, ¿sabe? Y no piense más en el asunto, Kenton.

—Siento no poder ayudarle más. No lo interprete como una muestra de desagrado. Yo le ruego que comprenda…

—Por favor… No insista. Le estoy muy agradecido.

Kenton saludó y salió.

Linnen leyó el telegrama, lo dobló y lo guardó en uno de sus bolsillos. Luego miró a Jim.

—¿Qué le sucede?

Jim sentía que un sudor helado le bañaba hasta los huesos.

—No… nada.

—Ahora tengo mucho trabajo. Si me permite, le volveré a examinar mañana.

—Desde luego, doctor.

Jim fue hacia una de las puertas, la abrió levemente la cerró de nuevo.

—Perdone, me confundía… Para ir a mi habitación tengo que salir por la otra puerta.

Salió por la que estaba enfrente, pero él ya había visto la antesala. Había visto a Judith y a su padre esperando pacientemente.

Caminó por los pasillos solitarios de la clínica, mientras sentía que el sudor helado seguía bañando su cuerpo. No entró en su habitación, la quince, sino que abrió antes la puerta de la doce. Mejor dicho, trató de abrirla.

Estaba cerrada. Aquélla era la habitación que, según el doctor Linnen, se hallaba ocupada por el loco que creía ser el presidente de Estados Unidos.

Jim miró por el ojo de la cerradura. La habitación se encontraba

vacía, y, además, con signos de no haber sido habitada en mucho tiempo.

El antiguo soldado sudista sintió que se le helaba la sangre en las venas. ¡Habían sido engañados! ¡Creían servir al Sur cuando en realidad estaban atracando en provecho exclusivo de un granuja!

Temblando, pensó en lo que debía hacer.

¿Matar a Linnen? Si fracasaba, sus compañeros nunca sabrían la verdad, y la trampa seguiría funcionando. No, lo primero que debía hacer era avisar a sus amigos. Luego resolvería.

Pensó salir y poner un telegrama al hotel Arkansas, de Little Rock. Pero ¿no se encontraría con Johnny Flanagan?

El federal le estaría buscando por todas partes, y Washington era, después de todo, una ciudad relativamente pequeña, donde podían encontrarle fácilmente y cuyas calles, para acabar de complicar las cosas, él ni siquiera conocía.

De pronto creyó dar con la solución.

¡Ya estaba! ¡Le pediría a Judith que hiciese poner el telegrama ella!

Descendió a la planta inferior y vio a Judith y su padre, que descendían a su vez por las escaleras. Sin duda ya habían hablado con el doctor Linnen.

Ella parecía más tranquilizada. Pero su padre tuvo un respingo al ver a Jim.

—¿Cómo se atreve?… Mi hija me lo ha contado todo. Usted es…

La muchacha se volvió de pronto. No veía nada, pero adivinaba la situación. Con voz ansiosa suplicó:

—Por Dios, papá, no grites… Si quisiera algo malo se ocultaría. Al menos déjale hablar.

—Su hija tiene razón… —farfulló Jim—. Nunca he suplicado, pero ahora se lo suplico… Ponga un telegrama dirigido al hotel Arkansas, de Little Rock, estado de Arkansas. Dirigido a Conrad.

—¿Qué tontería está diciendo?

—¡Se lo ruego, es muy importante! Más importante de lo que piensa. Ponga ese telegrama y diga sólo que la banda debe disolverse. Ayudaré a salvar no sólo unos cuantos cuerpos, sino también unas cuantas almas. Algún día se lo podré explicar.

El padre de Judith fue a protestar, pero la muchacha le sujetó por un brazo.

—Por Dios, papá, hazlo si sólo te pide eso. No veo que haya nada de malo en ello.

—Y no lo explique a nadie —suplicó Jim—. ¡A nadie!

Acto seguido desapareció. El padre de Judith se quedó como quien ve visiones.

El telegrama había sido puesto. Judith y su padre se dirigían poco a poco a su hotel, a pie, bordeando las hermosas orillas del río Potomac.

No se dieron cuenta de que alguien les seguía. En realidad, les había estado siguiendo toda la mañana.

Johnny Flanagan partía para hacerlo de una tesis bien sencilla: un tipo como Jim se sentiría irresistiblemente atraído por una mujer como Judith, y haría lo posible para hablarle al menos. Siguiendo a Judith, era muy posible que diera de manos a boca con Jim.

Claro que hasta ahora no había tenido éxito. Estaba muy lejos de sospechar que la muchacha había hablado con Jim en la clínica del doctor Linnen.

Le extrañó, sin embargo, que hubieran puesto un telegrama.

¿A quién?

Johnny se dirigió a la oficina de Telégrafos y probó suerte con su placa de federal. A veces los funcionarios no exigían nada más para mostrar una correspondencia cuyo secreto estaban obligados a guardar. Esta vez tuvo suerte.

—El telegrama va dirigido al hotel Arkansas, de Little Rock, estado de Arkansas —explicó—. A nombre de un tal señor Conrad. Dice simplemente que deshagan la banda y que luego ya dará más noticias. La banda… ¿Se referirá a un conjunto musical?

—Algo parecido —dijo Johnny—. Esos tipos interpretan música, pero de una clase muy especial. No sabe usted la cantidad de gente que se muere al oírla… De acuerdo, muchas gracias.

Salió de la oficina y se dirigió al hotel. Llegó antes que Judith, porque ella y su padre habían ido a visitar a un especialista.

Allí dejó una carta. Explicó a Judith que iba a estar unos días ausente, y le aconsejó que siguiera en la capital, poniéndose en manos de médicos expertos. Acordó regresar para verla de nuevo dentro de muy pocas fechas.

Luego tuvo que ir a ver a sus jefes inmediatos en la capital para pedir dinero. La verdad era que, aunque le doliese reconocerlo, Jim

le había dejado sin blanca.

A continuación, se dirigió a la estación. Necesitaba tomar cuanto antes un tren que le llevase al profundo Sur, a la tierra cálida y misteriosa de Arkansas.

Hubo de subir, para ganar tiempo, a un vagón donde viajaban solamente damas sesentonas de la Liga de la Moral, que atizaban un paraguazo a cada hombre a quien veían beber *whisky*.

Johnny, para no verlas, tuvo que hacer poco menos que todo el viaje debajo de los asientos.

CAPÍTULO XV

Tres hombres estaban reunidos aquella mañana en el porche del hotel Arkansas, en la entonces tranquila ciudad de Little Rock. El día era claro y el sol brillaba con todo su esplendor, haciendo que aquel pedazo de tierra sureña destacase con toda su especial y cálida belleza. Los tres hombres, sin embargo, no contemplaban el paisaje.

Conrad daba vueltas entre sus dedos a un arrugado telegrama. Charles y Larsen le miraban fijamente.

—No lo entiendo —decía Conrad—. Eso tiene que haberlo enviado Jim.

—Pero ¿desde Washington…?

—Por una razón u otra, ha llegado allí. Es el único que falta a la cita. Sin duda ha averiguado algo y quiere avisarnos.

—¿Por qué no viene personalmente?

—No podrá.

Conrad se echó pesarosamente el sombrero sobre la nuca.

—Siempre he sospechado que algo no marchaba bien en este asunto —musitó—, y ahora casi estoy seguro de que es así. Tengo confianza en Jim y si él nos avisa es porque debe suceder algo importante.

—¿Qué hacemos entonces? —musitó Charles.

—Debemos separarnos, pero para confluir luego en el mismo lugar. Nos encontraremos en Washington.

—¡Diablos! ¡Aquello es la boca del lobo!

—Al revés. Nadie nos conoce allí. Y trataremos de localizar a Jim.

—¿Cuándo haremos eso?

—En seguida. Hace ya casi dos días que tengo este telegrama en

las manos y no quiero perder más tiempo. Vamos allá.

Como dando ejemplo, el propio Conrad se puso en pie. Sus compañeros le imitaron.

Descendieron del porche, sintiéndose acariciados por el dulce sol.

Pero de pronto ese sol se vio cortado por una sombra. La sombra de alguien que se había detenido en el centro de la calle.

Enfrente de ellos.

Cortándoles el paso.

Conrad se detuvo de pronto, mirando hacia el frente, y de pronto notó que se le secaba la boca.

—¡Johnny! —gritó—. ¡Johnny Flanagan!

* * *

El federal tenía los brazos relajados a lo largo del cuerpo. Llevaba un solo revólver, y sus ojos estaban entrecerrados. Sus piernas entreabiertas le hacían parecer una gigantesca estatua que cortase la calle.

Los tres hombres que se hallaban frente a él también iban armados. Eran excelentes tiradores. La guerra les había enseñado, además, que la vida y la muerte sólo están separadas por una breve fracción de segundo.

Quietos, erguidos, con sus miradas tendidas al frente, los cuatro hombres se miraron.

Había algo especial en sus posturas, en sus ojos. Aquella parte de la calle principal de Little Rock quedó instantáneamente desierta.

Johnny dijo suavemente:

—Hola, muchachos. Espléndido día, ¿eh?

—¿Cómo nos has encontrado?

—Sabía que me lo preguntarías, Conrad. Pues verás, fui a una pitonisa y ella os caló en su bola de cristal.

—¡No digas tonterías! ¡Nos ha traicionado Jim!

—Jim será muchas cosas, pero no es un traidor. He conocido vuestro paradero por medios muy indirectos. Y ya que nos hemos encontrado, ¿por qué no tomáis una copa conmigo… con las manos atadas a la espalda?

—¿Crees que vamos a rendirnos? —sonrió Conrad.

—Es lo más aconsejable. Tenéis algo en favor vuestro, y es no

haber matado a nadie nunca. Si no estropeáis la cosa, aún podéis salir bien parados y con una pena leve… si el dinero se recupera.

—No se recuperará.

—¿Por qué? No habéis tenido tiempo de gastarlo. Conozco bien vuestras andanzas. Sois unos bandidos muy curiosos: apenas gastáis en un vaso de *whisky*.

—Ese dinero pertenece al Sur.

Johnny rió quedamente.

—¿De modo que sois unos idealistas? Bueno, eso hace que aún tenga menos ganas de mataros. Creo que una solución razonable sería entregaros si yo os prometo un juicio justo.

—No nos entregaremos mientras tengamos armas en las manos. ¡Defiéndete!

Johnny sabía que eran peligrosos. Estaban acostumbrados a luchar y no se entregarían sin pelea.

Conrad había sido el primero en sacar. El revólver pareció brotar de entre sus mismos dedos.

Dando un brusco vuelco sobre sí mismo, el federal tiró por debajo de su brazo izquierdo. La detonación fue instantánea, coincidiendo con el momento exacto en que Conrad ponía su arma, en línea de tiro.

Johnny vio confusamente que su enemigo se tambaleaba, mientras los otros dos se abrían en abanico.

Charles era un inexperto con el revólver, pero Larsen, no. Ya antes de la guerra combatía con los indios en la frontera de México. Lanzó un aullido y tiró rabiosamente dos veces.

Johnny sintió la mordedura del plomo en el brazo izquierdo y dio otra vuelta sobre sí mismo, girando como una peonza, mientras caía a tierra. Aquellos dos extraños movimientos le salvaron. Un nuevo plomo pasó rozando su cabeza.

Conrad, que había tenido que soltar el revólver, gateaba por el polvo para recuperarlo, mientras de su pecho partía un chorro de sangre. Larsen disparaba contra aquel enemigo que se movía con más agilidad que un puma, en tanto Charles corría a parapetarse tras uno de los porches, sintiendo que perdía la serenidad ante aquella especie de diablo del revólver.

Conrad logró asir la culata de su arma. Sus ojos se iluminaron con una especie de fiebre.

En aquel momento pareció como si el revólver tuviera vida propia y saltara él solito sobre el polvo. Bruscamente escapó de entre sus dedos. Conrad tardó unos segundos en comprender que su enemigo lo había desviado de un balazo.

Larsen, mientras tanto, tiraba rabiosamente contra un rival al que apenas veía. Sabía que estaba herido y quería rematarlo. Bruscamente sintió como si un hierro al rojo penetrara en sus entrañas.

Sus rodillas cedieron. El revólver escapó de entre sus dedos, que por segundos iban quedando helados y rígidos.

Johnny se dio cuenta de que había alcanzado mortalmente a su enemigo. Apretó los labios.

En un duelo tan rápido y a tan corta distancia no se podía medir exactamente la trayectoria de las balas. Uno tiraba por instinto, y el instinto de un pistolero… es matar.

Quedaba Charles. Charles estaba ya en el porche y significaba un grave peligro.

La bala pasó rozando la cabeza de Johnny. Éste sintió el frío de la muerte llegar hasta su garganta. Se dejó caer a tierra, mientras hacía fuego a su vez, sosteniendo el revólver con las dos manos para que no temblase y midiendo el disparo todo lo posible.

El antiguo corneta de la Caballería del Sur ya no pudo disparar otra vez. Bruscamente el revólver que sostenía saltó por los aires. Lanzó un gemido mientras en su derecha aparecía una línea sangrienta.

Pero se inclinó para recoger el revólver. Aún podía luchar.

Johnny, que se había puesto en pie de un brinco, trazó con su revólver un fulgurante movimiento de abanico, apoyando la culata en la cadera.

—¡No tires! —aulló Conrad—. ¡No tires! ¡Es un chiquillo!

Johnny se detuvo. Sus ojos grises parpadearon un momento con una extraña expresión. Bajó el revólver.

Quizá aquello era suicida. Charles había vuelto a sujetar su arma, después de todo. Le apuntaba sosteniéndola temblorosamente con su mano izquierda.

Los dos hombres se miraron a los ojos. Ambos tenían los cuerpos tensos, arqueados, dispuestos para la lucha.

Pero Johnny había bajado su revólver y no parecía dispuesto a

levantarlo más. Charles, mientras sentía un extraño escozor en su garganta, bajó lentamente el suyo.

Y de pronto cayó de rodillas. De pronto todo su temple se desmoronó. Dos lágrimas asomaron a sus ojos.

—Condenado chiquillo… —dijo suavemente Conrad—. Mi antiguo cornetín de órdenes… No debí haberle metido en esto… No debí haberle metido en esto…

Vio que una sombra se acercaba a él. Se estremeció al notar el contacto de la mano de Johnny en la espalda.

—Condenado chiquillo… —siguió diciendo.

Y diríase que aquellas palabras eran como una caricia.

Johnny le sostuvo en sus brazos.

—No te preocupes por él. Haré que no le suceda nada malo. En cuanto a ti… siento haberte dado de ese modo, Conrad.

—Tú también… estás herido.

—Lo mío es distinto, Conrad. Tú, en cambio, tienes una bala en mal sitio. Cree que lo siento, muchacho, porque hubiéramos acabado siendo amigos. Siento que no hayamos estado en el mismo escuadrón de Caballería.

Conrad sonrió levemente, con una mueca de dolor. Sus ojos se nublaron. El mismo escuadrón de Caballería… Por sus ojos parecieron desfilar las cargas al toque de corneta, dando frente a un enemigo que atacaba también… Parecía ver de nuevo la vieja bandera ondeando al viento… Le parecía poder gritar otra vez, mirando a su lado al jovencísimo Charles: «Pequeño…, ¡toca carga!».

Johnny le palmeó la espalda suavemente.

—Hubiéramos sido amigos —repitió—. ¿Sabes, Conrad? Hay un cementerio cerca de aquí, donde yacen exclusivamente soldados del Sur. Buena tropa, todos muertos en combate cara al enemigo. Haré que descanses allí, muchacho. Y pondré en la cruz tu nombre y graduación: «Capitán Conrad Staton, del Tercero de Caballería». Lo haré, muchacho, te lo juro.

Los ojos de Conrad se nublaron aún más. Estrechó la mano que Johnny ponía sobre su pecho.

—Gra… gracias.

—No me las des. Es un honor para mí. No todo el mundo puede enterrar a un soldado que nunca quiso rendirse.

Pero sabía que Conrad no había oído aquella última frase. Su cuerpo había quedado quieto, tenso. Una extraña sonrisa flotaba en sus labios.

Johnny le cerró lentamente los ojos.

Luego se puso en pie. La sangre goteaba de su brazo, pero él parecía no notarlo. Se acercó lentamente a Charles, que le miraba con los ojos anegados en llanto.

—Tú me acompañarás, muchacho —susurró—. A tu viejo capitán le gustará tenerte a su lado cuando le cubra de tierra. Nos llevaremos también a Larsen.

—¿No soy… su prisionero?

—Yo no hago prisioneros como tú, Charles. Sé que aún puedes emprender una nueva vida, y no quiero manchar tu nombre. Una vez hayamos enterrado a tus compañeros, quedarás libre. Lo único que te pido es que de tu primer jornal me envíes algo.

—¿Qué?

—Un dólar.

—No… no comprendo…

—Así sabré que tienes un trabajo honrado, muchacho. Y sabré también que te ha sobrado el primer dólar. Ése es el buen camino.

Charles nunca se había sentido tan niño, tan perdido como entonces. Y al mismo tiempo, cosa curiosa, se sentía más hecho y más lleno de responsabilidades. Con voz firme, mientras intentaba evitar que las lágrimas siguieran manando de sus ojos, susurró:

—Haré lo que me dice, señor.

—No me llames «señor». Yo también era un chiquillo como tú y también pasé por muchas cosas. Y ahora ayúdame a retirar los muertos. Otra cosa… Tú debes saber dónde está el dinero, pero no se te ocurra volver por allí. Sería peor.

—Resulta extraño que no me pregunte dónde lo escondimos —susurró Charles—. ¿Acaso no le importa?

—Claro que me importa, pero lo averiguaré yo mismo. Sé que la solución está en Washington…

Capítulo XIII

Jim miraba por la ventana, escrutando el jardín que rodeaba la casa. Llevaba varios días allí, y le parecía notar que el doctor Linnen sospechaba algo. ¿Había notado tal vez que su locura era fingida? ¿Quizá había adivinado algo? Lo cierto era que Jim tenía la sensación de que el doctor Linnen le vigilaba. Dos veces intentó salir de allí, diciendo que ya se sentía bien, y dos veces el médico se lo impidió con secas palabras. Además, por debajo de su ventana casi siempre paseaba un hombre armado.

De pronto el joven se estremeció, mientras se volvía. La puerta, a su espalda, acababa de abrirse.

La figura alta y delgada del doctor Linnen se recortó en el umbral. Una sonrisa enigmática flotaba en sus labios.

—Hola —dijo suavemente—. Tiene usted visita, amigo Jim.

—¿Visita? ¿Yo?

—Ha venido a verle una muchacha. Una que estaba ciega.

Jim se estremeció. Sintió que sus labios temblaban.

—¿Estaba? —farfulló.

—Ha sido tratada por un especialista y ve un poco —susurró—, tanto que ha podido atreverse a venir sola.

—¿Que qué quiere?

—Quería verle a usted, pero yo le he dicho que no podía ser, que los reglamentos del centro son muy estrictos.

—¿Por qué le ha dicho eso? Otros enfermos reciben visitas.

—Pero usted no es un enfermo, amigo mío, sino un simulador. ¿Cree que soy tonto? ¿Cree que no he podido darme cuenta durante todos estos días?

Jim se sintió acorralado, pero aún intentó mantenerse sereno.

—No sé de qué me habla —farfulló.

—Voy a pasar por alto esa cuestión… —dijo sombríamente el doctor Linnen—. Que usted era un simulador, resulta lógico teniendo en cuenta las circunstancias. ¿Sabe? En vista de que no permitía la visita, esa chica me ha dado un mensaje para usted. Dice que ya envió el telegrama a aquel hotel de Arkansas, pero que no ha recibido respuesta. Es curioso, ¿verdad? Un telegrama a Little Rock…

Jim estaba seguro de que el doctor Linnen no podía saber si él era o no miembro de la banda, puesto que ésta había sido formada por Conrad. Más bien debía creer que era un federal. Pero, de un modo u otro, la situación resultaba igualmente peligrosa.

En los ojos pequeños y astutos de Linnen leía su propia sentencia de muerte.

—Muy extraño… —susurró el médico—. Usted estaba aquí cuando esa chica vino por primera vez… Demasiadas coincidencias.

Jim sintió frío en la columna vertebral. Sabía que, con la mano derecha oculta en el bolsillo de su levita, el doctor Linnen le estaba apuntando ya con un revólver. Sabía también que su muerte sería sólo el preludio de la de Judith.

Ella ignoraba que el doctor Linnen tuviese algo que ver en todo aquello. Por eso le había dado el mensaje.

¡Y había venido sola!

—Lo siento —musitó el doctor Linnen—. A veces hay pacientes incurables… como usted. Gente que se suicida.

Achicó sus ojos. Jim notó el momento exacto en que iba a disparar.

—¡Nooo! —gritó—. ¡Nooo…!

La bala casi le quemó las cejas, al rozarle la cara. Fue a saltar sobre el doctor Linnen, pero éste, con una insospechada agilidad, se echó hacia atrás. Tiró nuevamente a través de su levita, y volvió a rozar solamente al agilísimo Jim.

No se atrevió a disparar más. Podía poner en conmoción la clínica entera. Trató de correr, sin embargo, hacia el despacho en que, solitaria e indefensa, le esperaba Judith.

Llegó a abrir la puerta, mientras oía un raro estrépito al final del pasillo. Jim fue a lanzarse sobre él. Vio a Judith quieta en el centro de la habitación, atónita, mirando sin comprender aquel revólver que le apuntaba a los ojos.

Jim comprendió que ya no podía evitar el disparo. Que lo único que podía hacer era… ¡saltar!

—¡Nooo! —aulló.

Su cuerpo cayó justamente delante del de Judith cuando el diabólico médico apretaba el gatillo. Judith gimió, horrorizada, sintiendo el sabor de la muerte en su propia sangre, mientras Jim caía con la cabeza destrozada. El alarido de la muchacha hizo estremecer la habitación. Y miró incrédula, tambaleante, horrorizada, el negro ojo del revólver que ahora acabaría con ella.

—En una clínica donde hay locos se explican muchas cosas… —silabeó el doctor Linnen—. Por ejemplo, este tipo la mató a usted antes de suicidarse…

Fue a disparar. En ese momento oyó ruido junto a la puerta.

Se volvió instantáneamente. Una especie de gigante acababa ele machacar la cabeza de uno de los loqueros, que aún trataba de detenerle. Linnen lo reconoció, mientras Judith lanzaba un nuevo grito:

—¡Johnny!

—Al llegar a Washington te he seguido también, muchacha —dijo—, pero…

Linnen, con un grito de triunfo, apretó el gatillo.

La bala se empotró en el pecho de Johnny. Le había alcanzado bien. ¡La momentánea distracción del joven le había costado la vida!

Pero quedó helado, horrorizado, con los pies convertidos en piedra, cuando vio avanzar a Johnny, como si no le hubiera ocurrido nada. Cuando le vio sacar el revólver lentamente, con calma, brillando en sus ojos el deseo ansioso de la muerte.

—Yo no hago prisioneros a los bichos… —susurró Johnny—. A las serpientes…, ¡se las aplasta!

Descargó todo el cilindro en el cuerpo del doctor Linnen. Éste se estremecía a cada nuevo impacto, mientras aullaba espasmódicamente. Judith estuvo a punto de desmayarse cuando le vio caído a sus pies, convertido en un guiñapo cubierto de sangre.

Johnny guardó el revólver, con una mano, mientras con la otra, más lenta a causa de la herida, ayudaba a sostenerse a Judith.

—Asunto concluido —dijo él lentamente—. Hay que avisar a mis jefes. Está todo claro, incluso lo del dinero.

—¿Qué dinero? —jadeó ella—. ¿Y cómo has podido averiguarlo?

Él señaló con el mentón un largo mapa muy detallado y bien conservado dentro de un marco, que adornaba una de las paredes.

—¿Por qué unos pistoleros robaban siempre oro? —musitó—. ¿Y por qué este tipo tiene ahí un plano tan detallado de esa zona del río Mississippi, donde incluso están señaladas las boyas?

Ella le miró como alucinada, mientras se dejaba caer sin fuerzas en sus brazos.

—Johnny… ¡Johnny! No entiendo nada, pero tengo confianza en ti… Y debo decirte que ese…, ese hombre…

—Te ha salvado —susurró él—. Algún día te explicaré lo que hizo y por qué deseaba ayudarte… Pero ahora debemos irnos. Me ocuparé de su cuerpo como uno se ocupa de los cuerpos de sus amigos muertos.

Avanzaron hacia la puerta. Ella pareció recordar algo de pronto. Jadeó:

—Pero ¿tú cómo has podido salvarte? ¡Yo misma vi el agujero que la bala hacía en tu pecho!

Johnny sacó un dólar de plata, agujereado, de uno de los bolsillos de su camisa.

—Esto desvió el plomo —dijo suavemente—. Un dólar de plata… Lo he recibido justamente hoy. Es parte del primer sueldo de un chico que va para arriba…

La tomó por la cintura para ayudarla y salieron los dos.

FIN





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.